MUJERES EN PÁGINA/12
24 DE NOVIEMBRE DE 2000
AÑO 3 NÚMERO 137

LAS/12



MARUJA TORRES

"Yo soy el hombre de mi vida"

"Decidí ser mala"

POR CRISTINA CIVALE, DESDE MADRID

La periodista y escritora Maruja Torres tiene 57 años y poco empacho para decir todo lo que se le pasa por la cabeza. Este año ganó el Premio Planeta de España con su novela "Mientras vivimos". Mordaz, astuta y ligeramente áspera, la Torres disfruta este momento suyo: "Lo malo de hacerte mayor es que te vas a morir, pero lo bueno es que todo es relativo y te conviertes en una profesional de la vida".

Para Maruja Torres, esta periodista y escritora catalana de 57 años, emblema de la España pensante y guerrera, parece haber llegado el tiempo de las boas. Rodeó su cuello con una color naranja para la sesión de fotos que tuvo lugar dos días antes de la entrevista en los jardines del supertop hotel Ritz, donde se hospeda cada vez que viene a Madrid de Barcelona, su ciudad natal. A ella volvió hace poco para quedarse. Desde allí, sigue escribiendo sus corrosivas columnas dominicales para *El País*, el diario español más prestigioso y más leído. Antes de llegar al famoso diario, hace 12 años –en los que fue desde reportera hasta corresponsal– la Torres trabajó largo tiempo para la prensa del corazón –la que le daba de comer– y cultivaba su pasión cinéfila colaborando para la revista *Fotogramas*. A los 30, luego de una separación, se mudó a Madrid y empezó a perfilar el personaje que la hizo famosa: una periodista lúcida, irónica, que habla del mundo y de la gente sin concesiones. *Mientras vivimos* es su sexto libro –en diciembre se publicará en Argentina– y con él le llegó un premio controvertido pero millonario, el Planeta de España. Millones de pesetas –exactamente cincuenta– y millones de lectores. La obra ganadora tiene una tirada inicial de 210 mil ejemplares a los que suelen sumarse inminentes reediciones y las ediciones casi simultáneas en toda América latina.

En las oficinas madrileñas de la editorial que la galardonó, habló en exclusiva para **Las/12** de este momento, que vive como glorioso, enfundada, ahora, en una magnífica boa rojo fuego, en perfecto juego con unas encantadoras botas de tacón bajo.

"*Mientras vivimos* es una novela que cuenta la historia de tres mujeres escritoras. Mujeres de ahora –dice Maruja de su novela– que están aprendiendo por primera vez a estar solas y para quienes los hombres no son más un problema ni una solución. Es una historia de cómo se ayudan las mujeres, de cómo se odian, de la rabia de las mujeres por no tener el poder y de la forma en que son capaces de elegir a sus madres o sus hijas porque las que tienen en realidad no les sirven."

POR TRES

–Una novela sobre tres escritoras siendo escritora. ¿Quiso triplicar la autorreferencia?

–¿Quién sabe? Me gustaba que fueran escritoras las tres protagonistas. Una escritora fracasada, otra exitosa y una tercera muy joven, llena de ambición y aparentes sueños. Me interesó que el lazo que las uniera fuera la cultura porque la cultura ha salvado a mucha gente.

–¿Y a usted la ha salvado?

–Sí, por supuesto. A mí me salvó del barrio chino (un barrio bajo de Barcelona) y me llevó mismito a donde estoy ahora (literalmente en un salón con vistas al Paseo del Prado, sobrio, caro y sin lujos, y con 50 millones más en su cuenta de banco). Ese barrio, en vez de convertirse en un reducto heroico, donde se pudieran guardar los sueños de los inmigrantes, se ha convertido en una mala imitación de la ciudad real.

–En su novela hace mucha referencia a los años setenta, los años posfranco, del destape y de los ideales de izquierda. Ahora todos votan en masa a la derecha. ¿Alguien se equivocó o están contentos de haber llegado a donde llegaron?

–Yo creo que se equivocaron al educar a los hijos –yo nunca me quise reproducir en este mundo de mierda, por eso digo "se equivocaron"–. Ahora voy a involucrarme. Creo que también nos equivocamos en las expectativas, esperábamos de nosotros demasiado, nos prometimos demasiadas cosas. Pero por otro lado, si no nos hubiésemos prometido tanto, no habríamos hecho nada. A veces lo discuto con los jóvenes, que tienen todo el derecho del mundo a reprocharnos cosas, pero este país cambió porque nos movimos.

–Pero Franco se murió, muy tranquilo y sin oposición, en su cama.

–Es cierto que el dictador murió en la cama, pero estábamos detrás de la cama esperando, agazapados, para saltarle al catafalco. Unas, unas locas que follábamos; los otros hechos unos gays, todos en la calle. Luego llegamos a un abismo verdadero, abandonamos el catafalco y allí no fuimos capaces de saltar y eso se convierte en el socialismo en el poder.

–¿Así explica la llegada reciente de la derecha al poder?

–La derecha fue la única que lo hizo bien. Logró primero pactar, luego desaparecer y ahora mimetizarse con el ambiente y, en cuanto los otros cayeron, aparecieron con una nueva cara. La derecha la hace siempre bien, es como una enfermedad astuta, se adapta a todo. Ahora por ejemplo, no hay un puto político de derechas que no haya estado a favor de Al Gore. Es que no pueden soportar la idea de que si dicen que les gusta Bush, los acusen de apoyar la pena de muerte. Es que no son honestos. Son muy incoherentes, han logrado engañar a la gente y han subido así.

–¿Cómo vive usted ese supuesto esplendor español en una España gobernada por una derecha tan claramente mayoritaria?

–Es que se vivió un tiempo de crecimiento económico generalizado pero ya empiezan a verse los colmillitos. Va a haber una crisis económica importante y va a ser como en todos lados. El mundo dividido en dos partes: los que se quedan fuera de la cuneta y los que hemos logrado saltarla. A los que hemos dado el salto no nos va a ir mucho peor, pero al resto les va a costar. Hay un dato que es muy clave: bajó en un 13 por ciento la venta de automóviles. Aquí que todo el mundo tenía uno y lo cambiaba cada


GENTILEZA PLANETA ESPAÑA

año. Es muy significativo. Toda la vida pasa por el automóvil –yo no sé manejar–. Lo que creo también es que España está en un lado del mundo en el que le van a echar una mano. España ya no es un país explotado, es un país explotador. Y no lo digo con orgullo. La gente se acostumbró a vivir muy bien.

–¿Quiere decir a tener plata?

–Sí, ese concepto de vivir bien es una mierda. A ir al centro comercial y comprar y comprar. Aquí el diálogo de padres a hijos se produce a través del televisor o a través de los escaparates de las vidrieras. Creen que comprar es civilizado.

–¿Se le ocurre algo que venga en rescate de la civilización?

–A veces juego a que me salgo de mi cuerpo y miro el mundo y veo dos partes. Una gente que, como nosotras, está haciendo toda lo mismo pero a diferentes horas: comprar la misma chaqueta hecha por la misma persona que ya no es persona. Estoy segura de que existe un universo paralelo que está haciendo todo para que todos seamos iguales, menos críticos y menos autocríticos. Lo terrible es que el tercer mundo, los que están del otro lado de la cuneta, quieren ser como nosotros a cualquier precio. Acá no viene la revolución, viene la delincuencia. Acabaremos en casas electrificadas con vallas y vigilantes gigantes. Los hambrientos vendrán a matarnos. No por ideología, sino para quedarse con lo que tenemos. Y punto.

–Está bien, punto. Ahora, en sus columnas hay una mezcla de cinismo y mala leche, además de una inteligencia aguda y humor. ¿Cuándo dejó de ser una chica candorosa para convertirse en una mujer combativa?

–Imagino que me convertí en lo que soy cuando vi que el mismo humor que usaba a finales del franquismo para atacar al régimen, llena de rojerío y de fe en el futuro que empezaba a abrirse, pudo mantener la misma mirada para el socialismo. Entonces ahí perdí la ingenuidad totalmente. Eso, en cuanto a política. Con respecto a las personas, yo creo que no antes de los treinta y siete. Para mirar las cosas con distancia tienes que ser maduro. Como decía Marlene Dietrich en *El expreso de Shanghai*: "Han hecho falta muchos hombres para hacer de mí la mujer que soy". No hombres en el sentido de amantes, sino mucho género humano, mucho viaje, mucho ir a los sitios y ver que todo empeora. Entonces decides ser más mala, es decir, empeorar tú también porque es tu única forma de mejorar para cuidarte del mundo.

OLIVER TWIST

–¿Quiénes fueron sus maestros, literariamente hablando?

–Yo descubrí que en mi vida, aunque era miserable, podía hacer literatura, leyendo a Charles Dickens. Al comprender que no estaba sola ni que lo había estado, que yo pertenecía a la humanidad y a los pobres de la tierra. Yo quería ser Oliver Twist y en realidad yo soy mi propio hombre padre. El niño que finalmente resulta ser un aristócrata salvado por su padre. Yo me he salvado a mí misma. El día que dije: "el hombre de mi vida soy yo" seguramente estaba pensando en eso.

–Es una gran frase.

–Es verdad. Hay dos frases por las que merezco pasar a la historia. Esa y esta otra: "Cuanto más conozco al género humano, mejor me caen los Corleone". El otro día volví a ver las tres partes de *El Padrino* y lo confirmé. Los Corleone tenían motivos para hacer las cosas. Siempre los Corleone son superiores a cualquiera.

–Habla de la mafia.

–Hasta la mafia tiene leyes y ética, una cosa muy rara de comer y matar e ir a la ópera, que me fascina.

–Antes habló de que no había querido reproducirse. ¿Cómo lo decidió?

–No fue una cosa del cerebro, fue una decisión de la sangre. Fue como un mandato genético. Yo soy profundamente atea. Nada de agnóstica. Soy materialista y atea. Creo que no hay más que esto y no quiero que haya más. No quiero que exista la reencarnación porque me agota la idea de pensarlo. No hay nada espiritual en mí. Lo único trascendente es la literatura. Pero Dios no. El arte es la parte buena del ser humano, la única. En lo demás siempre terminamos haciéndole una putada a alguien. Ese instante de belleza, eso sí que es Dios. No voy a traer a este mundo un crío para explicarle este mundo que no he entendido yo todavía y prepararlo para que sea, a lo mejor, un hijo de puta. Yo no tengo ningún interés en sentir la culpa del futuro, no

"A lo mejor me tomaba un avión y me iba a follar a uno de esos hombres y creía que lo estaba dejando todo. Pero no era así. Desde donde estuviera, llamaba a mi redactor jefe y le decía: Oye, estoy en tal sitio. ¿Quieres que te haga algún reportaje?"



quiero ser culpable del futuro y quiero detener todo lo que hay detrás de mí, aquí, en este abismo. Ahora, claro, te quedas muy jodido cuando te quedas sin madre. Por eso este libro de mujeres que se eligen unas a las otras para transmitirse una herencia, porque buscas una familia, aquella que no tienes o has perdido.

–¿Y fuera de la literatura, cómo lo lleva?

–Yo ya armé mi familia. Tengo hermanos y hermanas, gente de mi generación, tantas mujeres y tantos hombres de mi vida. Estamos como en el último friso, a punto de congelarnos, pero es así. Es el destino de la soledad y del escepticismo. Pero todo eso lo llevo con mucho humor. Por ser sarcástica e irónica, creen que soy amarga. Pero no, amargura jamás, que saca arrugas.

–El amor a los hombres, ¿qué lugar ocupa, ocupó o cree que ocupará en su vida?

–Pues cosas que suceden en el camino.

–¿Ha dejado algo por un hombre?

–He intentado pero no he podido, en épocas apasionadas. Ahora he perdido la pasión y cuando la pasión me cegó, yo no dejaba de hacer periodismo. A lo mejor me tomaba un avión y me iba a follar a uno de esos hombres y creía que lo estaba dejando todo. Pero no era así. Desde donde estuviera, llamaba a mi redactor jefe y le decía: "Oye, estoy en tal sitio. ¿Quieres que te haga algún reportaje?" A mí lo que me gusta de los hombres son los primeros meses, en que no puedes verlos sin calentarte. Me horroriza ese momento en que todo se pierde. Trato de irme antes.

–¿Nunca tuvo una historia de amor larga?

–Tuve una relación de 10 años con una persona estupenda a quien quiero mucho. También quiero a su mujer actual y a su hija. Pero la rutina no es para mí. Eso fue de mis veinte a mis treinta. Esos años interrumpen mucho. Podría haber pegado el salto a Madrid y al periodismo mucho antes. No fueron diez años de ama de casa, pero más o menos. Podía haber durado tres años, pero diez, para qué.

– ¿Entonces por qué duró diez?

–Porque nos queríamos pero no estábamos hechos el uno para el otro y luego el mundo sexual decae. Y quieres meter unos cuernos con toda Europa incluidos los países nórdicos y quieres que al otro también le pase. Y bueno, finalmente te das cuenta de que el amor no es verdad, que el amor se acaba. Eso te hace muy mayor. Puedes volver a enamorarte pero ya no es igual. Hay una parte de ti que sabe que te hiciste trapecista y que necesitas una red debajo. A partir de eso siempre tienes una red pero te recuperas: puedes meterte alcohol, saquear la nevera de desesperación, pasar insomnio, pero te pusiste una red y siempre sales. Cuando más pasen los años, me voy a convertir en un camión blindado con dos guardias de seguridad y una bolsa bien helada.

–¿Qué es lo bueno de hacerse mayor?

–Muchas cosas. Lo malo es que te vas a morir, que queda menos tiempo. Lo bueno es que todo es relativo y cada cosa la pones en su lugar. Te conviertes en una profesional de la vida. Hasta los 50, trabajas para serlo y luego te dan el cum laude, ya no eres más una aficionada de la vida. Si viviste unos buenos primeros cincuenta y tienes suerte y te queda tiempo, es muy bueno porque te equivocas menos, haces mejor todo. Por ejemplo ahora.

–El Premio Planeta es considerado el más comercial de todos los que se dan en España, por ende el menos prestigioso para los escritores. ¿Es un prejuicio y todos desean ganarlo?

–Es lo bueno de hacerme mayor. Escribir una buena novela y tener la posibilidad de presentarla a este premio y querer ganarlo. Con las ganas que tengo yo de que se lean mis libros. La gente es muy hipócrita. No conozco a nadie que no quiera vender, que no quiera difundir su obra. Yo me encargo de poner la literatura, que ellos pongan la distribución y el dinero. No me parece mal que haya editoriales comerciales. A mí me vale.



Afiche de la campaña del Consejo Nacional de la Mujer.

cintas blancas

POR DIANA MAFFIA*

En 1981, en Colombia, se celebró el primer Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe. Allí se decidió destinar un día al año para desarrollar acciones contra la violencia hacia las mujeres, y se escogió como fecha el 25 de noviembre. Ese día, en 1960, fueron brutalmente asesinadas en la República Dominicana las hermanas Patricia, Minerva y María Teresa Mirabal. Habían ido a la cárcel a visitar a sus compañeros, presos políticos. Con su muerte se convirtieron en el símbolo de la lucha de las mujeres contra las dictaduras en América latina, y las recordamos al conmemorar desde entonces el Día Internacional de la No Violencia contra las Mujeres.

Este año, desde la Adjuntía en Derechos Humanos de la Defensoría del Pueblo de la Ciudad de Buenos Aires, nos hemos sumado a la Campaña de la Cinta Blanca, organizando con la Comisión de la Mujer de la Legislatura de la Ciudad y la Fundación Mujeres en Igualdad un acto a realizarse el lunes 27 a las 18.30 en el Salón Dorado de la Legislatura. La Campaña de la Cinta Blanca se realiza en varios países de América latina y Canadá, y señala un compromiso que asumen los varones de no usar ni permitir que se use la violencia en ninguna de sus formas contra las mujeres.

Puede objetarse que nos refiramos en especial a la violencia contra las mujeres, cuando muchos varones son también objeto de múltiples formas de violencia. Valga entonces una aclaración: cuando las feministas analizamos la violencia contra las mujeres, como hacia otras víctimas individuales, no perdemos de vista la violencia global, política, que al establecer condiciones rígidas de inferioridad hace de ellas su objeto. Sin embargo, hay en el caso de las mujeres una particularidad no sólo cuantitativa (por lo general, constituyen la mitad de las víctimas de cualquier grupo discriminado) sino cualitativa, porque en su condición de mujeres suman el sexismo a otros tipos de discriminación, agravando o dando características particulares a su situación como pobres, discapacitadas, indígenas, homosexuales u otras. Además, existen formas específicas de violencia y discriminación dirigidas a ellas como mujeres, aun en el ámbito político, como lo muestran las violaciones en masa como herramienta de limpieza étnica en Europa, o las formas específicas de tortura hacia las mujeres "ideadas" por nuestra última dictadura militar.

En la Campaña de la Cinta Blanca se ha invitado a todos los funcionarios del Gobierno de la Ciudad, desde su jefe de Gobierno hasta los directores generales, y a los legisladores varones, a firmar un acta que señala la multiplicidad de formas que puede adquirir la violencia contra las mujeres –desde golpes y gritos hasta burlas, menosprecio, acoso, desvalorización– y un compromiso a no ejercer ni permitir que se ejerzan, en ámbito público o privado, ninguna de éstas.

Los hechos de violencia no deben interpretarse sólo como situaciones individuales, aunque así nos fuerza a hacerlo una cultura que naturaliza las relaciones de dominio de unos grupos sobre otros. Si los analizamos como hechos esporádicos y no como patrones sociales, les estaremos otorgando una silenciosa justificación, ocultando la regularidad que permite establecer en ellos ciertas categorías reveladoras. Con su lema "lo personal es político", el feminismo invita a una lectura de las relaciones entre los géneros, aun las más íntimas y personales, en términos de relaciones de poder, y con ello abre un enorme ámbito de interpretación de los vínculos de pareja, familia y maternidad, que reiteran y legitiman en el terreno de lo personal las jerarquías y los estereotipos de género de la dominación patriarcal.

Las feministas llamamos *cultura patriarcal* a la naturalización de las desigualdades sociales, que justifican la opresión de las mujeres basándose en características biológicas o psicológicas. Esta naturalización (que a veces recibe apoyo de la ciencia, otras de la teología, otras de la filosofía, pero siempre se expresa en la política a través de la asignación de lugares sociales) presenta la dominación como "inevitable", y por lo tanto la intervención individual o colectiva en inútil, errática o peligrosa. Como "bonus track", naturalizar la superioridad y la violencia masculina (o de otro grupo dominante sobre uno dominado) resta responsabilidad moral a los actos individuales mediante los cuales se sella la hegemonía.

No se trata de una visión conspirativa, no se supone que los varones como grupo se hayan complotado para discriminar a las mujeres y ejercer violencia contra ellas, ya que los fenómenos socialmente estructurales no son intencionales. Pero en estas estructuras jerárquicas cada uno aprende cuál es "su lugar", ya que la jerarquización se sostiene en base a la imposición de estereotipos para cada género. Estos estereotipos también se expresan en el sistema jurídico, cuando se califica la agresión contra las mujeres en términos patriarcales: todavía recuerdo la justificación de un juez de Santiago del Estero para exculpar a un hombre que había asesinado a su esposa y alegaba "emoción violenta", ya que desde hacía semanas ella se negaba a cocinarle y lavarle la ropa. Cuando convocamos a la Campaña, muchos funcionarios objetaron que estaban discutiendo el Presupuesto. Prioridad "política" absoluta. La naturalización de las relaciones económicas opera el mismo efecto de vaciamiento de los intentos de resistencia y de invisibilización de las responsabilidades morales al que nos hemos referido antes. Los invito a repensar su asistencia y su compromiso. No alcanza un discurso igualitario si no se expresa en acciones, y para constituir una verdadera alternativa democrática este discurso debe ser aceptado por todos y todas.

Se trata, como decía el historiador inglés Edward Thompson (aunque no refiriéndose por cierto a las mujeres, sino a la clase obrera), de poner en juego las "facultades de la imaginación utópica", de crear en términos contra-hegemónicos un nuevo y apropiado espacio de la utopía, mediante la *educación del deseo*: enseñar a desear el deseo, a desear lo mejor, a desear más, y sobre todo a desear de manera diferente.

* *Defensora adjunta del Pueblo de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires*

RAMOS GENERALES

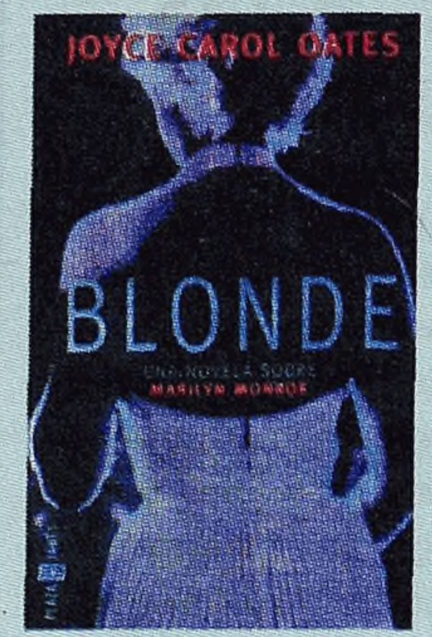
Amelia, a las escondidas

"No es casual que permanezca al margen de los grandes nombramientos que adornan la ampulosa antología de la poesía argentina. Lejos del centro del yoísmo, cerca más bien de la edad de la poesía, ella, como Dickinson, como Santa Teresa, seguirá jugando a las escondidas en el panteón de las anónimas. Y quien la busque tendrá que preguntar por la niña de mil años." Ante la publicación del que fue su último libro, estas palabras (pertenecientes a Tamara Kamenszain) intentaban dar cuenta de uno de los grandes silencios literarios argentinos: *el que velaba*, para el gran público (si es que puede hablarse de uno en relación con la poesía), los textos y la presencia de Amelia Biagioni. En adelante, sólo quedan sus textos, Amelia murió el lunes, tras sufrir una penosa enfermedad. Ella misma había optado por un feroz aislamiento, quebrado exclusivamente por las horas dedicadas a la docencia (en Santa Fe, su provincia natal, se había recibido como profesora de literatura); era, parecía decir, la única manera de entregarse a la poesía. De hecho, su reentrée sucedió en 1954, a instancias de un amigo que conocía su producción. El debut fue auspicioso: *Sonata de soledad* obtuvo la faja de honor de la Sociedad Argentina de Escritores y eso la decidió a trasladarse, original en mano, a Buenos Aires. Dos años después, publicó su segundo volumen, *La llave*, y en 1967 *El humo*. En todos ellos, la mujer de apariencia frágil hasta la exasperación recorría sin tregua ni compasión un camino metafísico, doloroso. Le siguieron *Las cacerías* (1976), *Estaciones de Van Gogh* (1984) y *Región de fugas* (1995). A lo largo de su silenciosa escritura, obtuvo el primer Premio Municipal, el segundo Nacional de Poesía y un premio de la Academia Argentina de Letras. En una página de su último libro, ese en el que sus líneas se pierden entre bosques y fugas, había descubierto algo: "Cuando aparece noche regalada/ no me devuelvo al mundo triste:/ me soplo hasta perderme titilando".



LIBRERÍA

La rubia de siempre



Joyce Carol Oates, una de las más notables novelistas norteamericanas, toma ahora a Marilyn Monroe, *reinventa* su leyenda, inventa sus intimidades, reescribe se pasado como Norma Jeane Baker y ofrece, como resultado, *Blonde*, su obra más ambiciosa hasta el momento. La novela abreva en fuentes históricas y documentales, y se interna en las zonas más oscuras del mito, cuando las luces de los sets de Hollywood todavía no la alumbraban. Casi mil páginas en las que Oates no se intimida ante la leyenda y combina con destreza realidad y ficción.

SEÑORAS Y SEÑORAS

La gran aventurera



Alexandra David-Neel se espantaba ante la perspectiva de repetir el destino que habían seguido sus padres, esas "dos estatuas" que apenas si se dirigían la palabra y que, definitivamente, no se amaban. Por eso, y porque las palabras de Julio Verne habían calado hondo, a los seis años decidió que haría todo lo necesario para convertirse en una "joven salvaje", que no se casaría, y que todo lo que le sucediera sólo lo decidiría ella. En cuanto tuvo la edad suficiente, dejó Francia para recorrer la India; al tiempo regresó a Europa, y se lanzó como cantante lírica mientras estudiaba el abc de la filosofía oriental. En 1902, a los 36, cuando estaba a cargo de la dirección artística del casino de Tounis, conoció a un tal Philippe Neel, un ingeniero de caminos que tenía 43 años y un carácter absolutamente incompatible con el de ella. Obviamente, se casaron, pero poco después, ante los conflictos, ella tomó las de villadiego. Inició así la etapa testimonial de su vida, ésa compuesta por cartas que el marido abandonado recibía desde los lugares más remotos (el Himalaya al estallar la Primera Guerra, China en plena guerra civil) y que recientemente, con su publicación, acaban de reivindicarla como la primera gran aventurera.



TAMARA PINCO

un paseo por Aitana

La española Aitana Sánchez-Gijón está en Buenos Aires para la muestra de Cine Europeo y en su calidad de presidenta de la Academia de Artes y Ciencias de su país. Quedó ya atrás su excursión a Hollywood, donde protagonizó junto a Keanu Reeves "Un paseo por las nubes". Ahora está dedicada de lleno al cine y a la producción.

POR MOIRA SOTO

Detrás de esa belleza clásica, de su expresión serena y la dulzura de sus modales, hay una mujer de férrea personalidad, emprendedora e hiperactiva. Aitana Sánchez-Gijón, integrante de la delegación española que vino a la reciente muestra de cine europeo, sonríe una vez más y asegura que la procesión va por dentro ("soy muy ansiosa, a veces me convierto en un manojo de nervios, lo que pasa es que públicamente exteriorizo poco este terremoto interior que no para de bullir..."), y que pese a subidas y bajadas ("realmente soy una montaña rusa") ha logrado una cierta zona de equilibrio. Enfundada en el mismo chemisier rosa con que fue a almorzar a lo de Mirtha Legrand, el pelo corto por primera vez porque así se lo exigió un papel de mujer policía que hizo hace poco, leve el maquillaje, la actriz se muestra en todo momento como una profesional consumada, de convicciones claras y firmes.

Nacida en el exilio romano, hija de un profesor de historia antifranquista y de una matemática italiana, Aitana descubrió a los ocho el gusanillo del teatro, a los doce ya formaba parte de un grupo teatral y salía de gira con piezas de García Lorca, y cerca de cumplir los veinte tuvo su primer papel importante en cine (*Bajarse al moro*,1988). Desde entonces, ha desarrollado una afortunada carrera entre la escena, las películas y la televisión. A esta intérprete, productora y –de momento– presidenta de la Academia de Artes y Ciencias de España, que adora las pastas con vino tinto y los helados, a Celia Cruz y a Mozart, se la vio en la antes citada muestra torturada por las sospechas de Daniel Giménez Cacho en *Celos*, de Vicente Aranda.

–¿Ha tenido que luchar, como otras actrices admiradas por su físico, para no ser encasillada en determinados papeles?

–Al principio, el condicionamiento era mayor, quizás porque tenía más cara de ángel. Ya a los veintipico, sintiéndome más mujer, más madura, me seguían ofreciendo papeles cándidos, juveniles. Entonces, dije que no a varias propuestas. Quise encaminarme hacia otro lugar, y las alternativas, más variadas e interesantes, empezaron a llegar. Y como en teatro pude realizar desde temprano mis aspiraciones, pues el público sabía que podía hacer otras cosas.

–Los personajes cinematográficos femeninos con peso propio son escasos en nivel mundial, ¿qué ocurre en España a este respecto?

–No noto esa carencia actualmente en mi país: la verdad es que hay muy buenos personajes femeninos de un tiempo a esta parte. Hasta no hace mucho, todavía la mujer era apenas la esposa, la amante, la novia, la puta, al costado del hombre. Pero en los últimos años las cosas han cambiado. También, aunque contados, tenemos los casos como los de Marisa Paredes

"Me siento muy lejana a Hollywood, muy extranjera en esa cultura. No podría sobrevivir, me moriría de pena, de soledad y de desarraigo."

o Carmen Maura, con mucho éxito en plena madurez. Y está muy considerada María Galiena, la madre de *Solas*, una actriz maravillosa. Yo trabajé con ella en *Yerma*, personalmente es una mujer magnífica, inteligentísima, cultísima y a la vez muy en contacto con la tierra.

ACADEMIA SÍ, HOLLYWOOD NO

–Hace dos años se convirtió en la primera mujer que presidía la Academia cinematográfica, ¿lo vivió como una doble responsabilidad?

–Creo que a la Academia le resultó favorable contar con una persona bastante conocida por el público, incluso más joven de lo habitual. Después, estaba lo de ser la primera mujer que me produce sensaciones ambiguas: por un lado, comprendo que se le dé un valor a la apertura y, por otro, me da rabia que se lo destaque en lugar de fijarse simplemente si la persona designada tiene aptitudes para el cargo.

–A punto de dejar esas funciones, ¿cuál es el balance?

–José Luis Borau, veterano director de cine, venía de hacer una gran labor en lo relativo a historiografía y análisis de la producción, toda una actividad de preservación del patrimonio. Con estas bases consolidadas, mi presencia contribuyó más bien a la proyección pública. Mi balance es muy positivo: he conocido los entresijos de la profesión por dentro, he aprendido a ser más diplomática, porque cuando estás representando a un colectivo de gente tan diversa, tienes que mantener una posición muy objetiva y moderada. Y yo, más allá de las apariencias, soy muy impulsiva, tengo un carácter muy fuerte, bastante mala leche incluso...

–Mientras que Antonio Banderas y Penélope Cruz iniciaron y prosiguen su carrera en Hollywood contra viento y marea, usted se resistió a la tentación...

–Creo que hay que tener una vocación y una ambición determinadas para hacer carrera en Hollywood, centrar la energía en un mundo bastante frío y despiadado que te obliga a despegarte de la vida real, cotidiana y normal. Y yo creo que mi camino es otro, quizás en parte por mi educación, por la familia de la que provengo, por ideología... Me siento muy lejana a Hollywood, muy extranjera en esa cultura. No podría sobrevivir, me moriría de pena, de soledad y de desarraigo. Pero eso no quiere decir que no valore lo que están haciendo mis compañeros con tanto esfuerzo y perseverancia en medio de la competencia más cruenta.

–¿Nunca se arrepintió ni un poquito de haber rechazado esa oportunidad?

–No, jamás en la vida. Fue una decisión totalmente consciente. Además, yo no había buscado trabajar en Hollywood. Vino a mí, no estaba en mis planes. En un punto, fue una experiencia mágica, pero no me llegó a deslumbrar. Trabajar con Keanu Reeves fue muy grato y además me ayudó a desmitificar, a confirmar que todos estamos hechos de la misma pasta, tenemos las mismas vulnerabilidades.

UNA PASIÓN DESTRUCTIVA

–La película que protagoniza en esta muestra tiene como eje absoluto el tema de los celos. Esos celos para los que, según Proust, no hay pasado ni futuro: lo que ellos imaginan es siempre presente.

–Los celos de *Celos* son retrospectivos. Mi compañero se pone celoso por una historia mía del pasado, lo cual es terrorífico porque no hay peor enemigo que aquel que sólo existe en tu imaginación.

–¿Los celosos, como dice Shakespeare en "Otelo", no necesitan un motivo, son monstruos nacidos de sí mismos?

–Ah, por supuesto. En este caso, mi personaje mantiene esta historia del pasado totalmente enterrada. Pero llega un momento en que el monstruo de los celos es tan poderoso y se inmiscuye de tal forma en la relación que termina reavivando aquella vieja historia relegada. Entonces, destapa la caja de Pandora y acaba volviéndose una fuerza totalmente destructiva.

–¿Le parece que esta clase de celos arrasadores son generalmente masculinos?

–Creo que los celos son una cuestión universal, que forman parte de nuestros instintos primarios, como se ve claramente en los niños pequeños cuando nace un hermanito. Los celos son una pasión poderosa en sí mismos. Si a esto le añades que por una cultura patriarcal, por un machismo muy instalado, pues el componente de posesión, de sentirse dueño del otro, es más fuerte desde el hombre hacia la mujer cuando la considera su propiedad. Por desgracia, esta mentalidad potenciada por los celos suele llevar a la violencia. En mi país hay un grave problema, que se viene arrastrando desde siempre y que ahora ha saltado a la primera plana: el de las mujeres golpeadas y en muchos casos asesinadas por sus maridos. El año pasado hubo unos noventa crímenes, en la mayoría de los casos realizados por hombres despechados, historias de celos, de no soportar el abandono.

–¿En qué punto están sus relaciones con el teatro?

–Un poco distanciadas, hace como cuatro años que no hago teatro. La última pieza que interpreté fue *La gata sobre el tejado de cinc*. Tengo una relación ambivalente, de una intensidad mucho mayor que la del cine, para lo bueno y para lo malo. En lo personal y en lo artístico, el mayor aprendizaje lo realicé en el teatro. Pero, al mismo tiempo, he sufrido, me he angustiado mucho, quizás porque también fui productora de las últimas obras en las que actué.

–¿Tuvo que ver también con el alejamiento el que las películas le llegaran una pegada a la otra?

–Es verdad que estoy en una etapa de muchas y muy interesantes ofertas. Después de *Volaverunt* hice cuatro películas: *Celos*, *Sin dejar huella*, de la directora mexicana María Novaro –una road movie de dos mujeres huyendo con un bebé a través de México–, y este año trabajé en dos de directores debutantes: en una de las producciones interpreté a una mujer policía muy dura, cerrada emocionalmente, por eso me corté el pelo muy corto.

–Se nota que disfruta con el humor pero el cine no le ha dado demasiadas oportunidades en ese sentido. ¿Alguna comedia en su futuro?

–Me llevo bien con el humor, me encanta, pero no he podido demostrarlo suficientemente ni en el cine ni en el teatro. Creo que la comedia es un género muy difícil, que depende mucho de la mirada del director, de las situaciones, del ritmo. Me gustaría hacer más comedia, ojalá aparezca la oportunidad propicia. Pero sin duda me ofrecen más dramas, personajes más sufrientes. Por el momento, no tengo ningún proyecto a corto plazo. Estos últimos dos años han sido de una intensidad impresionante: cinco películas, la gestión de la Academia. Estoy un poco agotada, no quiero embarcarme enseguida en un nuevo trabajo. No tengo prisa, decidiré dentro de unos meses.

POR MARIA MORENO

Susana Rinaldi en vivo en Finlandia: la tapa del CD editado por Melopea suena francamente snob. En realidad es el testimonio –paradójicamente– de una *patriada* de Litto Nebbia que dirige el sello, de la pasión de los finlandeses por el tango y por esta cantante a quien suelen venir a ver durante el festival anual de tango, en casas rodantes, con plantas, animales, chicos y batería de cocina, desde todas partes del mundo. El álbum fue grabado en vivo el 8 de julio de 1999 cuando Susana Rinaldi se presentó en el palacio de los deportes de Seinajoki. Los arreglos y la dirección son de Juan Carlos Cuacci, con Walter Ríos en bandoneón y Juan Esteban Cuacci en piano. Es extraño ver traducido *El último café* de Castillo y Stamponi como *Viimeiset Kahvit*, *El día que me quieras* de Gardel y Le Pera como *Päivä Jolloin Rakastat Minua* y *Naranjo en flor* de los Expósito como *Kukkiva Appelsiinipuu*. Mucho más extraño es colocar el CD en el equipo y escuchar a la cantante –que fue una de las principales revitalizadoras del tango y de sus poetas durante la década del sesenta, la actriz de *Antígona Vélez* y la feminista pedagógica que no se cansa de defenestrar al machismo autóctono– cantar en finlandés *Punaiset Lehdet* que se traduce como *Las hojas rojas*.

Las hojas rojas se refiere a una planta como la buganvilla o la Santa Rita que aparece en el verano. Con la diferencia que no se trata de flores, sino hojas, hojas que desde lejos dan la sensación de que son flores –como la enamorada del muro– y que son propias de la Escandinavia. Estas hojas van apareciendo a principios de mayo y tomando color. Poco a poco aumentan su intensidad hasta que de pronto se convierten en una cosa roja y pasional que les permite a los escandinavos –sean finlandeses, suecos, noruegos o daneses– apreciar definitivamente el verano. En el canto una mujer dice, más o menos, "así como esas hojas rojas se caen por la calle y ya son de un color muerto, no es más ese rojo vivo que está en la pared, así el verano se va yendo y nos va dejando este dolor que anuncia los nueve meses de oscuridad". Esta mujer sufre por el amor que se va. Las hojas rojas son el estado pasional que puede tener un ser humano. Pero ¿qué les pasó a los finlandeses? Interpretado por una sudamericana *Las hojas rojas* conllevaba todo un calor, ese estado de tragedia que nosotros tenemos en el tango, que al principio en Finlandia estaba devaluado. Se decía que era para el pueblo, para la gente que transpira, para la gente olorosa. El pueblo finlandés escuchaba tango desde que llegó con la fragata Sarmiento nuestra el disquito *La Morocha* interpretado por Flora Rodríguez y Alfredo Gobbi padre. Y se prendieron con mayor fuerza de esta melodía que les encantó cuando Finlandia no era Finlandia todavía sino un ducado del zar de Rusia. El pueblo veía llegar al zar Alejandro con toda su familia a bailar el tango ahí. Es un ida y vuelta: el zar que se quiere acercar al pueblo bailando tango y el pueblo que quiere emular al zar.

No parece que Susana Rinaldi esté apagada pero sí, en cambio, parece recluida en sus tonos bajos y graves. Las furias que dieron pabilo a tantas anécdotas brillan por su ausencia. También los exabruptos a La Callas que ella suele cultivar con más humor del que le reconocen. Su madre acaba de morir a los 89 años. Súbitamente. Ella no rehúye el tema: al contrario, lo saca, tal vez para dominarlo pero, sobre todo, para trazar un homenaje y un retrato.

–Yo creo que la vieja lo que hizo fue confundirnos. Fue tanto siempre la expresión de tirar para adelante que yo veo en mis hijos el hueco que ha dejado. Mis hijos sienten que se les perdió algo vital. "A mí se me perdió mi abuela" dice mi hija. Y habla de *esa* abuela. Porque dos meses después, el mismo día se murió la mamá de su padre. También un personaje muy entrañable que estuvo muy cerca de ellos.

–¿Cómo era su madre?

–Fue *el monumento a la madre*. Con una posición vital *de la mujer a la familia*. Pero más allá de todos los reclamos que uno pudo haber hecho para negarse a esa realidad de verla a ella solamente en esa posición, era feliz con su tarea. Y hoy, cuando los sentimientos están tan desacreditados y descalificados, no me hace mal calificar nuevamente a una persona que dio todo y más sin llegar a ser "pobre mi madre querida", ni el prototipo que los machos sagrados han inventado en relación a la madre para que sea eso y ninguna otra cosa. Un personaje que, bella como era, vital como era, ha resignado buena parte de su realización total. Como mujer, como ser humano, como artista que pretendió alguna vez ser, en homenaje a esa figura que atávicamente le metieron por delante. *Esto es así*: "Quisiste tener hijos, nadie te lo pidió". Y nosotros generacionalmente nos hemos escapado de eso. Entonces hoy puedo decir "¡qué suerte que la vieja ha terminado acompañada, reconfortada y que Dios la ayudó hasta en eso!". Porque murió en menos de cinco minutos. No tuvo tiempo de pensar "No tendré tal cosa, no me pasará esto". Al contrario. El médico habitual le tomaba el pelo. "Usted no tiene nada" porque no tenía nada, aparentemente. Por eso cuando esta mamá termina su camino de esta manera decís "¿y cómo no?". Si al fin a cabo hizo todo para que alguna vez le viniera como boomerang. Le volvió no sólo en su muerte. Le volvió en vida.

–¿Aprendió algo de esa muerte?

–Mi hija, con la pérdida de mamá, está preparada para perder a su madre.

–¿Y usted?

–Se fue de al lado mío y yo me fui del lado de la persona que más me ha querido: nada menos. También esta muerte me trastocó esta cosa nómade que yo llevo a cuestas desde hace unos cuantos años. No se olvide que antes yo padecí una partida enorme que fue la de María Herminia. Ella y mamá fueron, quizás las dos personalidades más marcadoras de mi vida. En muchos aspectos éticos, morales, estéticos ¿sentimentales? Ni hablar, va de suyo. Yo estaba muy respaldada en María Herminia que artísticamente marcó a muchos conductas de las que es muy difícil salirse. Una cosa terrible que ella decía siempre y que a una le queda marcada era "el deber se antepone al derecho".

–Duro.

–Durísimo. Y fue un poco su vida. Pero al mismo tiempo, también repetía lo que decía Ibsen: "Construir con belleza". Y no permitirse la vanidad por la vanidad misma. María Herminia se murió a tiempo: de vivir hoy se hubiera muerto 400 veces más. Porque ella sostuvo una conducta ética hasta el momento de su muerte: el no molestar, el no condicionar, el no chantajear, el no especular. Agradezco haber podido estar en la Argentina para poder cerrarle los ojos. Y agradezco también haber podido estar en la Argentina, luego de 40 años de conocerla, para no permitir mucho desborde amarillista alrededor de su muerte. Me hizo bien estar acá como me hizo bien estar cuando partió mi madre. Y eso formó parte de una decisión tomada hace mucho tiempo y allá lejos. Yo me encontré el otro día con una fotografía muy significativa. En una oportunidad, cuando murió la mamá de María Herminia, yo la invité –estaba trabajando y viviendo en ese momento en Punta del Este– a venir para que participara y estuviera con nosotros. Ella no tenía ganas, naturalmente, porque estaba viviendo su duelo. Y al mismo tiempo me decía "sí, voy a ir en Navidad porque es tu cumpleaños". Y hay una foto donde estamos en el faro de Punta del Este donde había un viento impresionante que casi podía levantar del suelo a una persona. Yo no aparezco porque estoy sacando la foto. Se ve mi auto y dentro del auto está María Herminia. Mamá, que quiso bajar, –con otra gente amiga que estaba ahí con nosotros– está agarrándose de la mano de María Herminia que la está sosteniendo, defendiéndola de la fuerza del viento, como si dijera "no se nos vaya a escapar, señora". Es muy significativa porque... ¡volaron las dos!

POR LOS OTROS

Con el pelo blanco a secas –ni champagne ni rosa garza– Susana Rinaldi le gana de mano a la naturaleza que suele ser más desprolija y operar por grises paulatinos: esa melenita ni demasiado corta ni demasiado larga la señala con un artificio que no puede provenir de la edad. Alguna vez dijo que no se le soportaban ciertas cosas por ser mujer, alta y usar sombrero. Hoy lleva la cabeza al descubierto como si el duelo la hubiera vuelto más despojada. No se trata de un ascetismo sino de una síntesis, ahora que está capacitada totalmente para ser su propia mentora.

"En el '83 hubo efluvios donde uno creía que todo era posible, que nos estaban esperando mucho para trabajar, tanto a hombres como a mujeres. Se pensaba que muchas cosas eran posibles y con el tiempo uno se fue dando cuenta de que no sólo no eran posibles sino que eran imposibles."

–Algunas mujeres buscan una ética de la madurez en algunas experiencias filosóficas, terapéuticas o religiosas.

–La única experiencia que yo he transitado es la solidaria. La mayoría de la gente no sabe lo que es la Unesco. Como trabajo específico yo elegí niños de la calle y alfabetización. Alfabetización porque en la medida en que el verbo vaya siendo descalificado, el atropello al individuo es mayor. Y porque pertenezco a la lengua española y porque América del Sur se maneja con esa lengua que, a raíz de los grandes sabotajes que le ha provocado la lengua sajona, para hablarla en cualquier escenario del mundo se necesita mucha seguridad. De la cantidad total de embajadores itinerantes tres somos americanos y dos argentinos. Uno es Pelé y los otros dos somos Miguel Angel Estrella y yo, que más que ser personajes representativos, estamos evidenciando un estado permanente de una sociedad que todavía no sabe reclamar en su justa medida las razones culturales que la sustentan y no lo sabe.

TANA ARGENTIN

TANA ARGENTINA EN FINLANDES

Susana Rinaldi acaba de presentar un CD grabado en Finlandia junto con la orquesta de Seinajoki. Es extraño ver traducido *El último café* de Castillo y Stamponi como *Viimeiset Kahvit*, pero mucho más extraño es escuchar a la Tana cantar en finlandés el tango *Punaiset Lehdet* que se traduce como *Las hojas rojas*.

POR MARIA MORENO

Susana Rinaldi en vivo en Finlandia: la tapa del CD editado por Melopea suena francamente snob. En realidad es el testimonio –paradójicamente– de una *patriada* de Litto Nebbia que dirige el sello, de la pasión de los finlandeses por el tango y por esta cantante a quien suelen venir a ver durante el festival anual de tango, en casas rodantes, con plantas, animales, chicos y batería de cocina, desde todas partes del mundo. El álbum fue grabado en vivo el 8 de julio de 1999 cuando Susana Rinaldi se presentó en el palacio de los deportes de Seinajoki. Los arreglos y la dirección son de Juan Carlos Cuacci, con Walter Ríos en bandoneón y Juan Esteban Cuacci en piano. Es extraño ver traducido *El último café* de Castillo y Stamponi como *Viimeiset Kahvit*, *El día que me quieras* de Gardel y Le Pera como *Päivä Jolloin Rakastat Minua* y *Naranjo en flor* de los Expósito como *Kukkiva Appelsiinipuu*. Mucho más extraño es colocar el CD en el equipo y escuchar a la cantante –que fue una de las principales revitalizadoras del tango y de sus poetas durante la década del sesenta, la actriz de *Antígona Vélez* y la feminista pedagógica que no se cansa de defenestrar al machismo autóctono– cantar en finlandés *Punaiset Lehdet* que se traduce como *Las hojas rojas*.

Las hojas rojas se refiere a una planta como la buganvilla o la Santa Rita que aparece en el verano. Con la diferencia que no se trata de flores, sino hojas, hojas que desde lejos dan la sensación de que son flores –como la enamorada del muro– y que son propias de la Escandinavia. Estas hojas van apareciendo a principios de mayo y tomando color. Poco a poco aumentan su intensidad hasta que de pronto se convierten en una cosa roja y pasional que les permite a los escandinavos –sean finlandeses, suecos, noruegos o daneses– apreciar definitivamente el verano. En el canto una mujer dice, más o menos, "así como esas hojas rojas se caen por la calle y ya son de un color muerto, no es más ese rojo vivo que está en la pared, así el verano se va yendo y nos va dejando este dolor que anuncia los nueve meses de oscuridad". Esta mujer sufre por el amor que se va. Las hojas rojas son el estado pasional que puede tener un ser humano. Pero ¿qué les pasó a los finlandeses? Interpretado por una sudamericana *Las hojas rojas* conllevaba todo un calor, ese estado de tragedia que nosotros tenemos en el tango, que al principio en Finlandia estaba devaluado. Se decía que era para el pueblo, para la gente que transpira, para la gente olorosa. El pueblo finlandés escuchaba tango desde que llegó con la fragata Sarmiento nuestra el disquito *La Morocha* interpretado por Flora Rodríguez y Alfredo Gobbi padre. Y se prendieron con mayor fuerza de esta melodía que les encantó cuando Finlandia no era Finlandia todavía sino un ducado del zar de Rusia. El pueblo veía llegar al zar Alejandro con toda su familia a bailar el tango ahí. Es un ida y vuelta: el zar que se quiere acercar al pueblo bailando tango y el pueblo que quiere emular al zar.

No parece que Susana Rinaldi esté apagada pero sí, en cambio, parece recluida en sus tonos bajos y graves. Las furias que dieron pabilo a tantas anécdotas brillan por su ausencia. También los exabruptos a La Callas que ella suele cultivar con más humor del que le reconocen. Su madre acaba de morir a los 89 años. Súbitamente. Ella no rehúye el tema: al contrario, lo saca, tal vez para dominarlo pero, sobre todo, para trazar un homenaje y un retrato.

–Yo creo que la vieja lo que hizo fue confundirnos. Fue tanto siempre la expresión de tirar para adelante que yo veo en mis hijos el hueco que ha dejado. Mis hijos sienten que se les perdió algo vital. "A mí se me perdió mi abuela" dice mi hija. Y habla de *esa* abuela. Porque dos meses después, el mismo día se murió la mamá de su padre. También un personaje muy entrañable que estuvo muy cerca de ellos.

–¿Cómo era su madre?

–Fue *el monumento a la madre*. Con una posición vital *de la mujer a la familia*. Pero más allá de todos los reclamos que uno pudo haber hecho para negarse a esa realidad de verla a ella solamente en esa posición, era feliz con su tarea. Y hoy, cuando los sentimientos están tan desacreditados y descalificados, no me hace mal calificar nuevamente a una persona que dio todo y más sin llegar a ser "pobre mi madre querida", ni el prototipo que los machos sagrados han inventado en relación a la madre para que sea eso y ninguna otra cosa. Un personaje que, bella como era, vital como era, ha resignado buena parte de su realización total. Como mujer, como ser humano, como artista que pretendió alguna vez ser, en homenaje a esa figura que atávicamente le metieron por delante. *Esto es así*: "Quisiste tener hijos, nadie te lo pidió". Y nosotros generacionalmente nos hemos escapado de eso. Entonces hoy puedo decir "¡qué suerte que la vieja ha terminado acompañada, reconfortada y que Dios la ayudó hasta en eso!". Porque murió en menos de cinco minutos. No tuvo tiempo de pensar "No tendré tal cosa, no me pasará esto". Al contrario. El médico habitual le tomaba el pelo. "Usted no tiene nada" porque no tenía nada, aparentemente. Por eso cuando esta mamá termina su camino de esta manera decís "¿y cómo no?". Si al fin a cabo hizo todo para que alguna vez le viniera como *boomerang. Le volvió no sólo en su muerte.* Le volvió en vida.

–¿Aprendió algo de esa muerte?

–Mi hija, con la pérdida de mamá, está preparada para perder a su madre.

–¿Y usted?

–Se fue de al lado mío y yo me fui del lado de la persona que más me ha querido: nada menos. También esta muerte me trastocó esta cosa nómade que yo llevo a cuestas desde hace unos cuantos años. No se olvide que antes yo padecí una partida enorme que fue la de María Herminia. Ella y mamá fueron, quizás las dos personalidades más marcadoras de mi vida. En muchos aspectos éticos, morales, estéticos ¿sentimentales? Ni hablar, va de suyo. Yo estaba muy respaldada en María Herminia que artísticamente marcó a muchos conductas de las que es muy difícil salirse. Una cosa terrible que ella decía siempre y que a una le queda marcada era "el deber se antepone al derecho".

–Duro.

–Durísimo. Y fue un poco su vida. Pero al mismo tiempo, también repetía lo que decía Ibsen: "Construir con belleza". Y no permitirse la vanidad por la vanidad misma. María Herminia se murió a tiempo: de vivir hoy se hubiera muerto 400 veces más. Porque ella sostuvo una conducta ética hasta el momento de su muerte: el no molestar, el no condicionar, el no chantajear, el no especular. Agradezco haber podido estar en la Argentina para poder cerrarle los ojos. Y agradezco también haber podido estar en la Argentina, luego de 40 años de conocerla, para no permitir mucho desborde amarillista alrededor de su muerte. Me hizo bien estar acá como me hizo bien estar cuando partió mi madre. Y eso formó parte de una decisión tomada hace mucho tiempo y allá lejos. Yo me encontré el otro día con una fotografía muy significativa. En una oportunidad, cuando murió la mamá de María Herminia, yo la invité –estaba trabajando y viviendo en ese momento en Punta del Este– a venir para que participara y estuviera con nosotros. Ella no tenía ganas, naturalmente, porque estaba viviendo su duelo. Y al mismo tiempo me decía "sí, voy a ir en Navidad porque es tu cumpleaños". Y hay una foto donde estamos en el faro de Punta del Este donde había un *viento impresionante que casi podía levantar* del suelo a una persona. Yo no aparezco porque estoy sacando la foto. Se ve mi auto y dentro del auto está María Herminia. Mamá, que quiso bajar, –con otra gente amiga que estaba ahí con nosotros– está agarrándose de la mano de María Herminia que la está sosteniendo, defendiéndola de la fuerza del viento, como si dijera "no se nos vaya a escapar, señora". Es muy significativa porque... ¡volaron las dos!

"En el '83 hubo efluvios donde uno creía que todo era posible, que nos estaban esperando mucho para trabajar, tanto a hombres como a mujeres. Se pensaba que muchas cosas eran posibles y con el tiempo uno se fue dando cuenta de que no sólo no eran posibles sino que eran imposibles."

POR LOS OTROS

Con el pelo blanco a secas –ni champagne ni rosa garza– Susana Rinaldi le gana de mano a la naturaleza que suele ser más desprolija y operar por grises paulatinos: esa melenita ni demasiado corta ni demasiado larga la señala con un artificio que no puede provenir de la edad. Alguna vez dijo que no se le soportaban ciertas cosas por ser mujer, alta y usar sombrero. Hoy lleva la cabeza al descubierto como si el duelo la hubiera vuelto más despojada. No se trata de un ascetismo sino de una síntesis, ahora que está capacitada totalmente para ser su propia mentora.

–Algunas mujeres buscan una ética de la madurez en algunas experiencias filosóficas, terapéuticas o religiosas.

–La única experiencia que yo he transitado es la solidaria. La mayoría de la gente no sabe lo que es la Unesco. Como trabajo específico yo elegí niños de la calle y alfabetización. Alfabetización porque en la medida en que el verbo vaya siendo descalificado, el atropello al individuo es mayor. Y porque pertenezco a la lengua española y porque América del Sur se maneja con esa lengua que, a raíz de los grandes sabotajes que le ha provocado la lengua sajona, para hablarla en cualquier escenario del mundo se necesita mucha seguridad. De la cantidad total de embajadores itinerantes tres somos americanos y dos argentinos. Uno es Pelé y los otros dos somos Miguel Angel Estrella y yo, que más que ser personajes representativos, estamos evidenciando un estado permanente de una sociedad que todavía no sabe reclamar en su justa medida las razones culturales que la sustentan y no lo sabe.

EN PARIS PERO NO ANCLADA

Usa atuendo andrógino, cómodo, propio de una cultura menos disciplinaria con los cuerpos femeninos. A su identidad buscará preservarla de maneras menos perecederas: En el verano volverá al teatro con *Marta Ferrari*, una obra que encubre un homenaje a Tita Merello –el autor se ha inspirado en los amores de Tita con Tito Alonso– que dirigirá Oscar Barney Finn y cuyo cartel compartirá con Jorge Rivera López y Duilio Marzio. En *Marta Ferrari*, Rinaldi ve claves del primer gobierno peronista. También planea retomar una práctica en la que sobresale: la lectura de textos. Hasta ahora ha elegido *Las décimas del cantor* de Alfredo Zitarrosa, un discurso de Alicia Moreau de Justo, letras de Violeta Parra y uno de cronopios de Julio Cortázar, seleccionados para un disco.

–Usted debe ser de las pocas que sigue diciendo derecho viejo "soy feminista". Eso se terminó desde los efluvios del '83.

–En el '83 hubo efluvios donde uno creía que todo era posible, que nos estaban esperando mucho para trabajar, tanto a hombres como a mujeres. Se pensaba que muchas cosas eran posibles y con el tiempo uno se fue dando cuenta de que no sólo no eran posibles sino que eran imposibles. El primer programa de la tv democrática fue "La Cigarra". Pero los radicales son más machistas que nada, como lo son los peronistas. Entonces se llegó a la realidad terrible de que ellos mismos que lo pusieron, lo sacaron. Y con el complot de todos aquellos que siempre se tienen que ajustar los cinturones de acuerdo a los mandatos de los poderosos, que siempre serán los mismos. Eso marcó una involución quizás por lo que aspectábamos nosotros. Entonces aparece un personaje como Elisa Carrió, que se sale del molde pero que su propio partido hoy llamó a silencio. No hay una continuidad en las acciones. La continuidad viene de individuos locos que hemos tenido el gran privilegio de estar amparados por estructuras que todavía respetan nuestra modalidad y no la frenan. Entonces me siento muy bien en estas condiciones de seguir adhiriendo a un partido socialista que con muchos problemas y muchas dudas y convulsiones internas, a través de ciertos exponentes sigue siendo como coherente.

–Sin embargo siempre se la asocia al alfonsinismo.

–Alfonsín es un prócer con un pensamiento socialista que no quiere llevar adelante y que su propia estructura acalla.

–¿Quiénes son sus amigos en París?

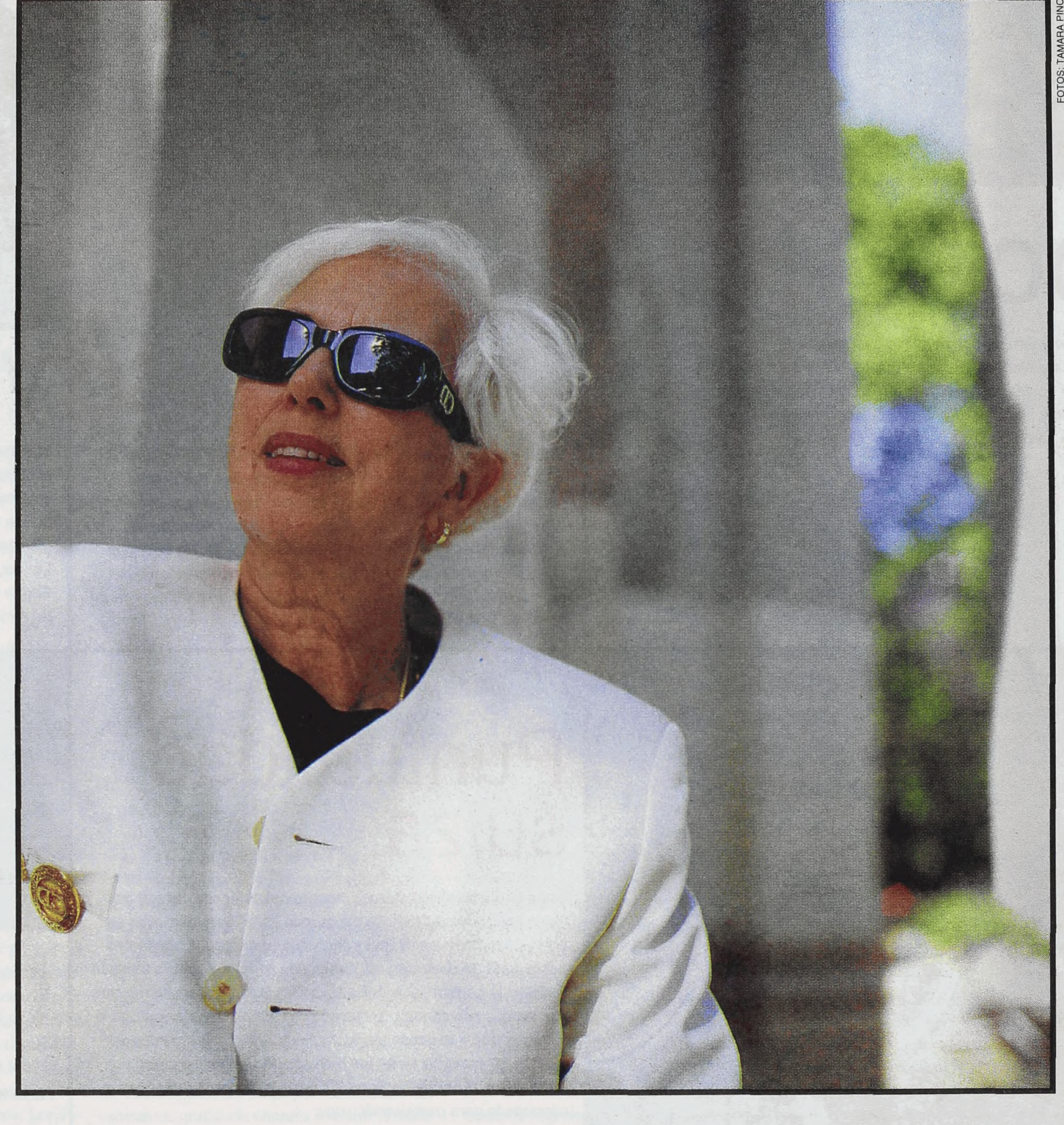
–Hago una vida muy solitaria en París. Y, contrariamente a lo que muchos pueden suponer, yo vivo en un dos piezas que es como un pequeño estudio que me permite centrarme mejor en el barrio más tradicional y no solamente turístico: Montmartre, donde hay un conglomerado de culturas que me hace bien compartir. De un lado están los árabes, más allá los judíos, los africanos, los franceses que viven de generación en generación y que no han cambiado de casa porque no tienen la costumbre de mudarse a cada rato como nosotros. Y luego está la parte alta del Sacre Coeur, el lugar donde están los pintores y más atrás el más chic con el dèco más importante que puede mostrar París y en medio de todo eso, las viñas, los ateliers y sobre todo lo del panadero, el librero, la mercera, la loca que vende brujas de papel y que me reconocen como *propia*.

–¿Está en pareja?

–Vivo en un lugar donde estar sola o en pareja no es determinante para juzgar a nadie. Nadie dice tampoco "Otra vez una mujer que dice pensar". Está la cultura árabe que trata muy mal a las mujeres. Pero mi altura, mi pelo blanco ponen cierta distancia. Al mismo tiempo no tengo miedo. Y eso me pasa aquí, acá y acullá. No es valentía sino inocencia. Hay una actitud que frena cualquier gesto. Tampoco vivo en un lugar donde alguien me preguntó si me gustaba acostarme con un perro o una mujer. Los franceses se toman el derecho de vivir plenamente todo para lo cual está condicionado el ser humano. Eso justifica este mitad y mitad. Francia en general y París en particular me brindó como nutrición elementos que no quiero resignar, de los cuales me tomo cada vez que me dan bronca tantas cosas mías y que asumo como propias porque, después de todo, forman parte de mí. En París, por televisión vì un excelente documental sobre los montoneros. En frente del Sacre Coeur vi a Lefebvre haciendo pelota un dictamen del Papa. Al mismo tiempo a través de la Unesco registré mucha violencia doméstica de los padres a las hijas mujeres, sobre la queestamos trabajando. Hay una diversidad de colores que hace que uno se sienta estimulado y que crea que muchas cosas son posibles todavía.

FOTOS: TAMARA PINCO

Susana Rinaldi acaba de presentar un CD grabado en Finlandia junto con la orquesta de Seinajoki. Es extraño ver traducido *El último café* de Castillo y Stamponi como *Viimeiset Kahvit*, pero mucho más extraño es escuchar a la Tana cantar en finlandés el tango *Punaiset Lehdet* que se traduce como *Las hojas rojas.*



FOTOS: TAMARA PINCO

EN PARIS PERO NO ANCLADA

Usa atuendo andrógino, cómodo, propio de una cultura menos disciplinaria con los cuerpos femeninos. A su identidad buscará preservarla de maneras menos perecederas: En el verano volverá al teatro con *Marta Ferrari*, una obra que encubre un homenaje a Tita Merello –el autor se ha inspirado en los amores de Tita con Tito Alonso– que dirigirá Oscar Barney Finn y cuyo cartel compartirá con Jorge Rivera López y Duilio Marzio. En *Marta Ferrari*, Rinaldi ve claves del primer gobierno peronista. También planea retomar una práctica en la que sobresale: la lectura de textos. Hasta ahora ha elegido *Las décimas del cantor* de Alfredo Zitarrosa, un discurso de Alicia Moreau de Justo, letras de Violeta Parra y uno de cronopios de Julio Cortázar, seleccionados para un disco.

–Usted debe ser de las pocas que sigue diciendo derecho viejo "soy feminista". Eso se terminó desde los efluvios del '83.

–En el '83 hubo efluvios donde uno creía que todo era posible, que nos estaban esperando mucho para trabajar, tanto a hombres como a mujeres. Se pensaba que muchas cosas eran posibles y con el tiempo uno se fue dando cuenta de que no sólo no eran posibles sino que eran imposibles. El primer programa de la tv democrática fue "La Cigarra". Pero los radicales son más machistas que nada, como lo son los peronistas. Entonces se llegó a la realidad terrible de que ellos mismos que lo pusieron, lo sacaron. Y con el complot de todos aquellos que siempre se tienen que ajustar los cinturones de acuerdo a los mandatos de los poderosos, que siempre serán los mismos. Eso marcó una involución quizás por lo que aspectábamos nosotros. Entonces aparece un personaje como Elisa Carrió, que se sale del molde pero que su propio partido hoy llamó a silencio. No hay una continuidad en las acciones. La continuidad viene de individuos locos que hemos tenido el gran privilegio de estar amparados por estructuras que todavía respetan nuestra modalidad y no la frenan. Entonces me siento muy bien en estas condiciones de seguir adhiriendo a un partido socialista que con muchos problemas y muchas dudas y convulsiones internas, a través de ciertos exponentes sigue siendo como coherente.

–Sin embargo siempre se la asocia al alfonsinismo.

–Alfonsín es un prócer con un pensamiento socialista que no quiere llevar adelante y que su propia estructura acalla.

–¿Quiénes son sus amigos en París?

–Hago una vida muy solitaria en París. Y, contrariamente a lo que muchos pueden suponer, yo vivo en un dos piezas que es como un pequeño estudio que me permite centrarme mejor en el barrio más tradicional y no solamente turístico: Montmartre, donde hay un conglomerado de culturas que me hace bien compartir. De un lado están los árabes, más allá los judíos, los africanos, los franceses que viven de generación en generación y que no han cambiado de casa porque no tienen la costumbre de mudarse a cada rato como nosotros. Y luego está la parte alta del Sacre Coeur, el lugar donde están los pintores y más atrás el más chic con el dèco más importante que puede mostrar París y en medio de todo eso, las viñas, los ateliers y sobre todo lo del panadero, el librero, la mercera, la loca que vende brujas de papel y que me reconocen como *propia*.

–¿Está en pareja?

–Vivo en un lugar donde estar sola o en pareja no es determinante para juzgar a nadie. Nadie dice tampoco "Otra vez una mujer que dice pensar". Está la cultura árabe que trata muy mal a las mujeres. Pero mi altura, mi pelo blanco ponen cierta distancia. Al mismo tiempo no tengo miedo. Y eso me pasa aquí, acá y acullá. No es valentía sino inocencia. Hay una actitud que frena cualquier gesto. Tampoco vivo en un lugar donde alguien me preguntó si me gustaba acostarme con un perro o una mujer. Los franceses se toman el derecho de vivir plenamente todo para lo cual está condicionado el ser humano. Eso justifica este mitad y mitad. Francia en general y París en particular me brindó como nutrición elementos que no quiero resignar, de los cuales me tomo cada vez que me dan bronca tantas cosas mías y que asumo como propias porque, después de todo, forman parte de mí. En París, por televisión vi un excelente documental sobre los montoneros. En frente del Sacre Coeur vi a Lefebvre haciendo pelota un dictamen del Papa. Al mismo tiempo a través de la Unesco registré mucha violencia doméstica de los padres a las hijas mujeres, sobre la queestamos trabajando. Hay una diversidad de colores que hace que uno se sienta estimulado y que crea que muchas cosas son posibles todavía.

AENFINLANDES

LO NUEVO *lo raro* LO ÚTIL



pop

Pommery lanzó Pop, un nuevo champagne que promete ser la estrella de las veladas fashion de la temporada que se asoma. La botella parece de gaseosa, pero ultrarrefinada. Tiene menos de 20 gramos de azúcar por litro, es apenas efervescente y su modo de consumo incluye sorbete.

Verano pastel



L'Oreal lanza el Verano Pastel, una colección de dorados suaves, rosas livianos y azules frescos. La marca propone este año un maquillaje que combina nuevos tonos vibrantes con los clásicos de siempre, bajando los decibeles de una temporada en la que dominarán los naranjas rabiosos.



Promociones

Entre las promos que Estée Lauder lanza para la Navidad, una de las más atractivas es el estuche Blockbuster, un completísimo set de maquillaje con cuatro labiales, tres cuartetos de sombras, un dúo de rubores, tres esmaltes, cuatro delineadores, cuatro brochas y un montón de delicatessen más. Se consigue, con la compra de una fragancia de la línea, a un precio muy conveniente. Hay otras promos de miniaturas de perfumes para hombres y mujeres.



Vitale

Mañana, sábado 25, a las 21, tendrá lugar el último de los recitales que Liliana Vitale está realizando en el Centro Cultural Recoleta. Acompañada por Juan Belvis en teclados, interpreta canciones de Alberto Muñoz, Peteco Carabajal, Liliana Felipe, Charly García y Luis Alberto Spinetta, entre otros. En el Auditorio. Entrada libre.



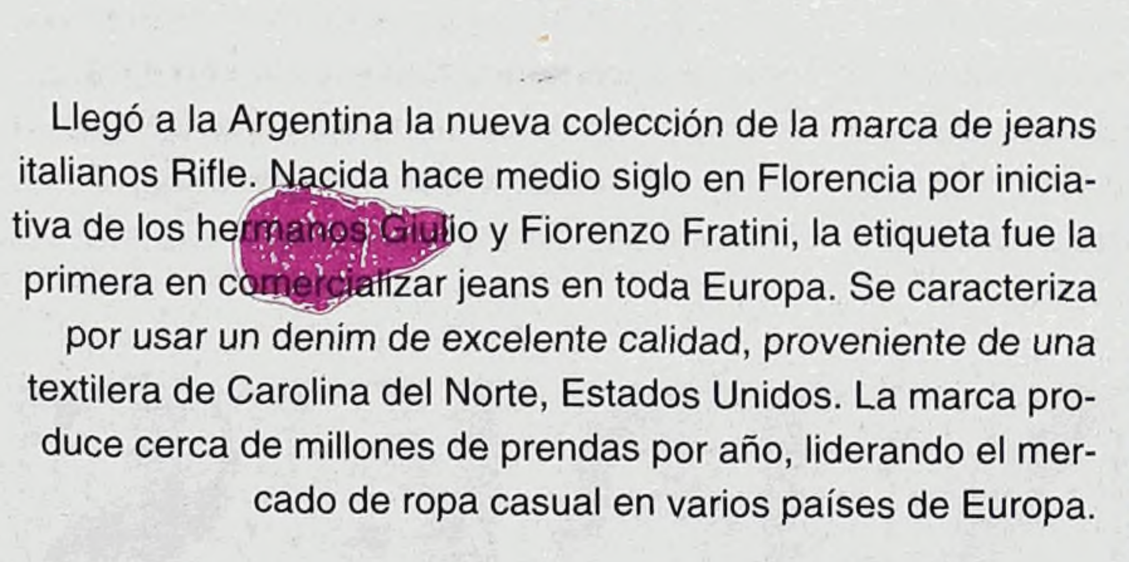
Puntualidad suiza

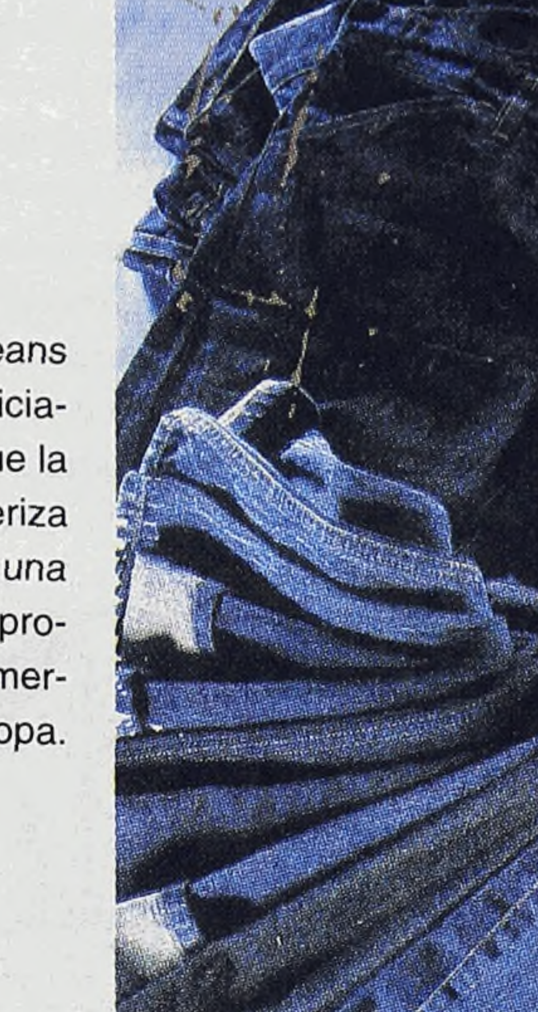
Cada año, los relojes suizos Chopard patrocinan la carrera de autos antiguos más famosa del mundo, la "Mille miglia", que se corre entre Brescia y Roma y de la que participan apabullantes autos sport de colección. La marca con sede en Ginebra también auspicia la carrera patagónica Mil Millas Sport "La aventura", que con las mismas características se corre en un circuito de 1600 kilómetros que van desde Bariloche hasta Villa La Angostura. Inspirados en estas carreras, los técnicos de Chopard crearon un nuevo reloj, el Mil Millas Sport 2000, de estilo contemporáneo y capacitado para peritajes técnicos.



color

Pantene presentó en sociedad su nuevo producto, Pantene Pro-V Color, una línea especialmente pensada para mujeres que se tiñen el pelo o llevan reflejos. Ayuda a restaurar el pelo dañado, lo protege de los agentes químicos de la tintura y del medio ambiente y preserva el color.





JEANS

Llegó a la Argentina la nueva colección de la marca de jeans italianos Rifle. Nacida hace medio siglo en Florencia por iniciativa de los hermanos Giulio y Fiorenzo Fratini, la etiqueta fue la primera en comercializar jeans en toda Europa. Se caracteriza por usar un denim de excelente calidad, proveniente de una textilera de Carolina del Norte, Estados Unidos. La marca produce cerca de millones de prendas por año, liderando el mercado de ropa casual en varios países de Europa.

Neurología

El miércoles 29 de noviembre, a las 20, y en el marco del ciclo de conferencias "Mitos y realidades en neurología" de la Fundación Alfredo Thompson del Hospital Francés, el doctor Alberto Dubrovsky hablará sobre "Enfermedades neuromusculares". El 30, el tema de la doctora Margarita Blanco será "Insomnio, el sueño perdido". Las charlas tienen lugar en La Rioja 951. Informes, en el 4957-4770.



La hija de Paul McCartney tiene ya un lugar propio en el mundo de la moda. Chloé, la casa francesa de la que es diseñadora principal desde hace tres años, cuando tenía apenas 24, acaba de renovarle el contrato, y se comenta que Gucci la quiere en sus filas. La chica aporta talento, pero también su propia celebridad.

MODA

Stella Mc.

POR S. R.

Stella McCartney dice que es una chica normal. Dice que tiene gustos normales y que tiene amigos normales. Disfruta mostrándose normal, volviendo cada fin de semana a su casa de Sussex para montar su caballo Blanket, u optando quedarse en casa con uno o dos amigos para tomar una copa de buen vino en lugar de andar de parranda en los lugares atestados de celebrities. Claro que entre la gente que Stella frecuenta y con la que tal vez comparta sus brindis hogareños están Kate Moss, Liv Tyler, Liz Hurley, Gwyneth Paltrow, Madonna o Britney Spears. Eso le debe sonar normal a la hija de Paul McCartney, ya que creció entre gente que despertaba tumultos a su paso (solía tomar el té con Michael Jackson o Stevie Wonder). Ella y sus tres hermanos crecieron en una familia presidida por Paul y Linda, los padres que les dieron una casa con ritos cotidianos y mucha estabilidad. Les enseñaron a no derrochar dinero, a no comer carne, a defender a los animales y a tener seguridad en sí mismos. Stella parece haber aprendido cada lección.

Tras haber sido educada como una chica normal, hizo su carrera de diseñadora de modas en la escuela Central St. Martins, una de las más prestigiosas del mundo. Allí cursó como una estudiante normal, hasta que llegó el día de su desfile de graduación y el público debió esperar una hora y media a que llegaran sus padres y a que la ropa de Stella fuera pasada por Kate Moss y Naomi Campbell. "¿Qué tiene de malo invitar a mis padres a mi desfile de fin de carrera? ¿No es lo que hacen todos los estudiantes?", se encoge ella de hombros.

Tenía apenas 24 años, y llevaba dieciocho meses de graduada cuando Mounir Moufarrige, el presidente de la casa francesa Chloé, empezó a buscar un nuevo diseñador principal para la marca, entonces decaída después de décadas de esplendor. Cuenta la leyenda que había 41 postulantes más, hasta que los cazatalentos de Chloé vieron los trabajos de Stella y quedaron pasmados. Otros, entre ellos Stella, sospechan que nunca hubo tantos competidores. Lo cierto es que, más allá del talento de la chica, el golpe de timón de Moufarrige fue genial: no bien Stella fue contratada, Chloé saltó al primer plano del mundo de la moda. Otras casas se esforzaban por contar con celebridades en sus desfiles anuales: Stella sólo tenía que invitar a su familia y sus amigos íntimos. La foto de Paul y Linda festejando su pasada final en el primero de los desfiles que hizo para Chloé fue levantada por todas las agencias de noticias: el chiste no era que Chloé tenía nueva diseñadora, sino que la hija de Paul McCartney había debutado en París en la primera línea de la moda.

Los empresarios franceses sabían que, desde su graduación, Stella había abierto su primer local en un sótano londinense, con apenas dos ayudantes a media jornada. Ella no tenía idea de producción a gran escala, ni tenía trato con talleres industriales. Vagaba por los mercados de pulgas buscando botones victorianos y encajes antiguos. Pero atendía, y se jactaba de no hacerle ni una libra de descuento a gente como Madonna. El de Stella y Chloé (una de las empresas más rentables del grupo Richemont, que integran también Alfred Dunhill, Cartier, Baume & Mercier, Montblanc y Van Cleef & Arpels) fue lo que se dice un buen matrimonio: la casa parisina quintuplicó su facturación en los últimos tres años. Y la diseñadora es ahora algo más que la hija de Paul. A quienes la miran por sobre el hombro, insinuando que todo su éxito se debe a su apellido, Stella, que aprendió perfectamente la lección de la autoestima, le responde: "Empezaba a ser conocida en Londres por diseñar ropa especial. Por eso vino a verme la gente de Chloé. Les gustó ese estilo. Les gustaron mis diseños. ¿Quién compraría ropa sólo porque la diseña la hija de un beatle?"

En realidad, las notas que aparecen publicadas en la prensa europea sobre Stella McCartney se explayan sobre la historia de su vida y hablan poco sobre sus diseños. Stella tuvo un par de pegadas, como unas gafas con brillantes que después otros copiaron y se pusieron de moda, y unas camisetas con slogans y rasgadas, que los adolescentes británicos adoptaron en masa. Por lo demás, ella asegura que está interesada en escrutar la mecánica de seducción entre los sexos. Dice que una mujer vestida de hombre es terriblemente sexy. "A un hombre lo excita verse reflejado en ella", puntualiza. Incluso masculinizados, Stella bucea en la feminidad de sus diseños. Mientras tanto, renovó contrato con Chloé y se comenta que Gucci la quiere entre sus filas. La chica, de 27 años, no da puntada sin hilo.



PEQUEÑO FORMATO

Ediciones B acaba de publicar "La gran caja", un cuento para niños de Toni Morrison, quien fuera la primera afroamericana ganadora del Premio Nobel. Es un libro políticamente correcto en el que, sin embargo, la autora no pierde sus habilidades para adultos.

POR MARIA MORENO

Seguramente Toni Morrison ha escrito *La gran caja* sobre un block de papel amarillo y con un Dixon Ticonderoga nº 2. Ella dice que este hábito es en homenaje a sus antepasados afroamericanos que adoptaron los colores fuertes como venganza por una piel de valor sólo para el mercado de esclavos –imposible de travestir al menos antes de Michael Jackson–. *La gran caja* es la historia de tres niños –Patty, Mickey y Liza Sue– que, debido a su conducta clasificada de *asocial*, son internados en un asilo llamado eufemísticamente "la gran caja". Los tres eran traviesos. Liza que vivía en una granja, les abría la puerta del establo a los caballos, protegía los huevos de las gallinas y repartía miel entre las abejas. Mickey, que vivía en un barrio, hacía graffitis en el buzón, practicaba pelota a paleta en un muro que rezaba "prohibido" y se subía a la moto del vecino. Paty era rebelde en la escuela, hablaba en la biblioteca, cantaba en clase y pedía todo el tiempo permiso para ir al baño. Los granjeros, los vecinos y los profesores determinaron que los chicos no sabían usar su libertad y los encerraron en la gran caja cuadrada llena de juegos placeros, pero donde las puertas sólo se abren por fuera. Patty parece ser chicana; Liza Sue, afroamericana, y Mickey, un americano blanco de suburbio. *La gran caja* es un cuento alegórico, un producto de la corrección política y el clásico ejemplar que a los padres les complace instigar a leer. Por eso hace reflexionar una vez más sobre el poder persuasivo de la literatura comprometida, sobre todo cuando está dirigida a los niños, esos frescos consumidores de maldad. Como en su obra para adultos (*The bluest eye* –1970–, *Sula* –1973–, *Song of Salomon* –1977-, *Tar baby* –1981–, *Beloved* –1987– entre otros), Morrison escribió *La gran caja* en claves raciales a veces explícitas, otras en forma de cazabobos blancos para hacerlos pensar sobre qué creen ellos que le pasaría a un negro.

MILITANCIA Y POESIA

La historia de la literatura está llena de personajes tomados de la *vida real*. Estas musas no sólo no cobraron derechos de autor sino que los que escribieron sobre ellas a menudo han dicho desafiantemente que los soportes materiales de su imaginación no valían nada sin el punto de vista del escritor. Otras se han jactado de reproducir literalmente, sin analizar su función de *súcubos*. La ética de Morrison es diferente: cuando supo que había existido una mujer que había huido de Cincinnati huyendo a su vez de la esclavitud y por haber asesinado a su hija, sólo leyó dos o tres entrevistas en los diarios. Luego de su propia cosecha –imaginación-, escribió *Beloved*. Como si para Morrison tomar algo vivo y usarlo para los propios propósitos fuera continuar con la esclavitud por otros medios. La sangre de *Beloved*, cuando Sethe le corta el cuello, es sangre imaginaria pero fuertemente significativa: eso que mana no sólo es la fuente real de la esclavitud, sangre negra, sino la prueba de que la libertad será enajenada a lo largo de la cadena sucesoria.

Morrison, en contra de la escolástica edípica y su obsesión por el suspenso, hace colocar en la contratapa de sus novelas el argumento entero: generosidad para el hombre o la mujer pobre que suelen leer, de ese modo, gratuitamente, un cuento breve y sugerencia de que lo que es importante es el *cómo* y no el *qué*, al igual que Keith Jarret cuando toca el poco novedoso *Old Man River*.

La narración que Morrison suele hacer sobre la vida de los negros está hecha no en clave de victimización sino de resistencia. Los spirituals y los blues no son la queja impotente de los esclavos de los algodonales sino "el anhelo de escapar en código, literalmente en lo subterráneo", las letras de jazz no son de soledad y de pérdida sino acerca del riesgo de amar y el amor "como espacio donde se podía negociar la libertad". Del mismo modo que el crimen de *Beloved* a manos de Sethe no es el acto de locura del bárbaro, es poder femenino, límite trágico al destino impuesto por los amos blancos, sustracción a la herencia esclava.

Toni Morrison escribe con libertad polifónica joyciana, a veces *zapando*, es decir, asociando espontáneamente a través de ensayo y error, en un orden estricto aunque lo haga *bajo bandera*. La bandera de la literatura afroamericana en la cual ella desea inscribirse y a la que podría aplicarse las leyes que Deleuze y Guattari encuentran en los textos de Kafka como literatura menor donde una minoría escribe en una lengua mayor y lo individual se inserta en lo político bajo un ordenamiento colectivo de enunciación. *La gran caja*, a pesar de su formato *para niños*, permanece dentro de estos parámetros. Morrison no es una negra que escribe *sobre* los negros sino *con* los negros, aspirando a integrar el archivo de la raza. La habilidad rítmica de Morrison que se pierde en la traducción puede, sin embargo, intuirse en *La gran caja*. "Oh, los delfines chillan,/las liebres brincan/y los castores nadan de allá para acá,/pero Patti, Mickey y Liza Sue...*/¿quién dice que no saben usar su libertad ?"*.

Morrison dice que escribió sus primeros textos casi de madrugada, antes de que cualquiera de sus cinco hijos gritara "¡mamá!". Seguramente escribió *La gran caja* con mayor tranquilidad.

PERFILES

de un polo al otro


TAMARA PINCO

Mercedes Rosauer vive en San Martín de los Andes. En enero se plegó a la expedición "Polo a Polo 2000", que combina deportes con acciones humanitarias. Ahora va junto a sus compañeros hacia el centro de la Antártida.

POR SOLEDAD VALLEJOS

Está radiante. Algo cansada (en la mañana, una conferencia de prensa que superó sus expectativas le demandó cierto desgaste emocional), pero radiante al fin. Por lo que dice, por cómo lo dice, habría que creerle cuando cuenta que, a veces, alguna gente se exaspera ante tanto optimismo, que algunas personas no comprenden que nunca se desborde aunque sea un poquito. Pero el hecho es que Mercedes Rosauer tiene sus buenos motivos para sonreír así. "No hay sueño imposible, eso yo lo descubrí y la vida me lo ha demostrado", desliza. Es que ella, en estos momentos, está cumpliendo algo que esperaba sin saberlo, que surgió sin esperarlo y que, en más de un sentido, está cambiándole la vida. Digamos que, en enero de este año, la chica estaba "muy felizmente en San Martín de los Andes, con todas mis hazañas, sueños y aventuras" cuando recibió un llamado proponiéndole atravesar el continente americano de polo a polo durante el resto del año. Que eso significaba que "tenía un mes para dejar mi trabajo, largar mi seminario, dejar mi familia, mi novio". Y que treinta días después de ese llamado, Mercedes estaba bajando de un avión en Canadá, decidida a enfrentar el entrenamiento requerido para "Polo a Polo 2000", la expedición que combina deportes extremos con acciones humanitarias y que, en estos días, está atravesando su última etapa.

Puede sonar llamativo, pero la chica que, como aperitivo, estuvo durante un mes esquiando por un territorio de puro hielo sin comunicarse más que con sus compañeros de travesía (siete expedicionarios y dos camarógrafos), explica que "no es necesario hacer grandes cosas, solamente empezar". De acuerdo, se refiere a su futuro más o menos inmediato, a lo que podría llamarse la–vida–después–de–POP, pero esas palabras quedan resonando. En especial, porque las cosas que cuenta no parecen haber sido objetivos pequeños que, sobre la marcha, sufrieron transformaciones. Ejemplo: "Toda mi vida fui soñadora... miraba esos programas tipo Discovery Channel, la película *Gorilas en la niebla*, o *Leona de dos mundos*, y soñaba con ser una aventurera así. Vivir en el medio de la jungla, estudiando animales". Claro, tal vez el hecho de crecer en un entorno tan paradisíaco como Cipolletti, haber tenido la oportunidad de trepar montañas en el tiempo libre, o haber descubierto el salto a caballo a los siete años, hayan tenido cierta influencia en su decisión. Lo cierto es que a los 18, convencida de que la esperaban las ciencias naturales, armó las valijas, y se instaló solita y sola en Buenos Aires, con una rutina agotadora por delante: "Me levantaba a las cinco de la mañana para irme hasta Pilar y Campo de Mayo, y trabajaba con caballos. Y después me tomaba el tren del San Martín, y me venía a la facultad a la noche".

Ya convertida en una graduada universitaria, se volvió al sur, esta vez a San Martín de los Andes, sin respirar, sin haber visto los paisajes boquenses ("¿podés creer que después de vivir siete años en Buenos Aires no conocía La Boca?"), y absolutamente convencida de estar haciendo lo suyo. De allí, a un centro de ecología de Junín de los Andes, el mismo en el que empezó a desarrollar un trabajo de campo sobre el choique, un animal patagónico en extinción. Casualmente, esa investigación era la que había entrado en su fase final cuando Mercedes oyó en el teléfono las palabras "polo", "deportes extremos" y "un año". Ya había hecho las extensas recorridas de avistaje ("recorríamos, qué sé yo, 60 kilómetros contando animales, huellas, predadores naturales"), había hablado con decenas de pobladores para recabar datos menos estadísticos y más cotidianos. "Estaba haciendo el análisis y la conclusión cuando me fui a la expedición. Así que ahora ya llego y tengo que terminar con esto." Sí, sí, Mercedes ya está preparando su agenda para enero.

CAMINATAS EXTREMAS

Con POP, ha pasado un mes por la desolación del Polo Norte, recorrido hogares para personas sin techo, conocido a funcionarios de la OEA, trabajado en proyectos de Nature Conservancy (una de las entidades que patrocinan la aventura). Pero esa enumeración (incompleta, desde ya) no es en absoluto la primera parte de la historia, y es que Mercedes no hubiera tenido chances de integrarse a la expedición si no contara con un par de aventuritas previas. Detallemos: cruzó la cordillera a caballo, viajó a Chile en bicicleta (una común, sin ningún tipo de acondicionamiento especial), escaló cinco veces el volcán Lanín, y en 1997, atención porque es una de las grandes metas de cualquier andinista, hizo cumbre en el Aconcagua. Su experiencia más fuerte, dice, pero no tanto por el ascenso (aunque "a 200, 300 metros de la cumbre me costó horrores, pero una vez que hice cumbre estaba feliz de la vida") sino por ciertas complicaciones al descender. Ni los once andinistas ni los guías lograban dar con el refugio, y se hicieron las tres, las cuatro de la mañana. Los guías sentaron al grupo y siguieron con la búsqueda. De más está aclarar que a esas alturas hace mucho, pero mucho frío. "Fueron momentos de los que me acuerdo patente. Yo no sé ni a quién tenía al lado mío, porque era tan de noche. Tu cuerpo tiembla de frío, y vos sentís a la persona de al lado que tiembla con vos, y éramos como una cadena de once personas temblando juntos. Fue un momento que a mí me marcó mucho. Por ahí más límite ha sido lo que hice en el Polo Norte, pero en ese momento, en el Aconcagua, tuve esa experiencia, en la que realmente tomé conciencia de que no dependía de mí el que pudiera salvarme."

En estos días debe andar preparándose para la etapa final, ésa en la que, tras alcanzar el centro de la Antártida, regresará hasta el continente americano con otras dos personas para servir de enlace a la expedición del próximo año. No se plantea, cuenta, repetir la experiencia ("mi idea ya es quedarme tranquila y poder formar una familia"), pero esa decisión no habla más que de emociones fuertes. Al mes de iniciada la expedición, su padre fue internado de urgencia. Mercedes regresó en el primer avión y lo encontró en terapia intensiva. "Entre señas, y porque somos padre e hija y nos entendemos, él me dijo que lo que más quería en la vida era que yo siguiera en la expedición." Ella acató, regresó al equipo. En un llamado a la casa familiar, alguien susurró a los oídos de Mercedes una infidencia: "Su padre", le contó, "dijo que si él encontraba fuerzas para vivir todos los días era por usted. Que siempre pensaba que su hija Merce estaba pedaleando cien kilómetros por día. Que si ella podía hacer eso, él podía recuperarse". Y tal parece que esa fuerza fue más que suficiente: "Dejé a mi padre en cama, sin poder hablar, y mi padre me recibió caminando, hablando, y participó en la conferencia de prensa conmigo". Se había recuperado sin someterse a una operación que los médicos juraban inevitable, explica Mercedes. "Cada uno de nosotros (los integrantes de POP) tiene cuestiones muy fuertes. Siempre, pero siempre, me levanto a la mañana y me pregunto: '¿Qué hago? ¿Qué estoy haciendo acá? ¿Por qué hago esto?'. Y, de alguna manera, durante el día siempre te viene la respuesta. Un día es distinta a la otra, pero siempre encontrás algo por lo que decís: 'Sí, estoy acá por esto, esto es lo que me motiva a seguir'."



La periodista y escritora Julia Constenla relata en un libro a punto de aparecer, "Vivir vale la pena" (Sudamericana Mujer), las peripecias de su vida junto a Pablo Giussani, además de usar una audaz primera persona para narrar algunos íntimos episodios de su vida y de su visión del mundo ahora, ya traspuesto el umbral de los setenta años. Los dos textos publicados a continuación se ocupan, uno del aborto y el otro de la falta de ganas de vivir, algo de lo que Chiquita toma nota, pero se abstiene.

ANTICIPO

Valió la pena

POR JULIA CONSTENLA

MERODEANDO LOS AMORES

El sexo apareció en mi vida confundido con el amor, una tendencia frecuente entre las jóvenes liberadas de mi época. Sigo refiriéndome al final de la década del cuarenta. Cualquier inquietud hormonal se resolvía mejor por el lado de una pasión arrebatadora que considerándola, como ocurrió poco después, como un casi natural apetito sexual. A los diecinueve años, por primera vez, creí estar locamente enamorada. El era cinco o seis años mayor, un orador brillante en las asambleas universitarias, fogoso y buen bailarín. Nos veíamos con frecuencia y una noche después de una reunión del centro de estudiantes que duró hasta el amanecer nos fuimos juntos en su auto. Creo que se sorprendió gratamente al descubrir en su cama del departamento de soltero, que compartía con otros dos estudiantes (el departamento, no la cama) que yo era virgen. Fue un amante gentil, pero no un enamorado atento. Estaba en otra cosa, me parece que quería a otra persona. Conservo de aquella primera experiencia un grato recuerdo. Lo preocupante llegó después.

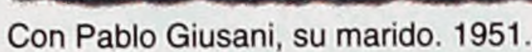
El galán no me amaba y yo creía estar muy enamorada. Cuando Pablo apareció en mi vida comprendí que hasta entonces ni siquiera me había acercado al amor. Pero aquella primera experiencia y los encuentros sucesivos tuvieron una casi inevitable consecuencia: quedé embarazada. A los diecinueve años tuve que tomar la grave decisión de seguir o interrumpir el embarazo. No fue fácil. Sólo tenía dos amigas a las que podía contar mi problema. Juntas resolvimos que no iba a tener el bebé. El galán de entonces, que parecía un caballero, probablemente hubiera querido "cumplir con sus obligaciones"; en ese momento todavía estaba a tiempo de interrumpir el embarazo y no lo consulté. La idea de un matrimonio por obligación ya me parecía una insensatez entonces, aunque era muy joven. Una de mis amigas encontró la manera de que el trámite de abortar fuera menos horrible. Su novio pertenecía a una familia de médicos de provincia, podía arreglar una intervención discreta. Viajé a la ciudad donde ellos vivían y aborté.

Para la mayor parte de las mujeres de mi generación, especialmente las casadas, abortar fue un trámite fastidioso y frecuente. La planificación familiar, la salud reproductiva y otros formidables beneficios llegaron después. En ese entonces más de una de mis amigas consideraba abortar como algo molesto e inevitable, una incomodidad como sacarse una muela. Las veteranas hemos tenido menos chances de evitar algún indeseado aborto y creo que, si no hubiera tanta hipocresía dando vueltas cada vez que se plantea el tema en un grupo donde participan mujeres de más de sesenta años, serían muy pocas las que quedarían sin levantar la mano ante la simple pregunta: ¿abortó alguna vez?

Décadas después de aquella experiencia participé en debates, en mesas redondas, en simposios donde se discutía a favor o en contra del aborto. Creo que raras veces se encara un tema tan espinoso con la seriedad y el rigor debidos por todo lo que comporta. Oí pocas reflexiones serias,bastante información manipulada, datos estadísticos estremecedores, algunas tonterías, no pocas mentiras y también frivolidades. No es fácil abordar el aborto, tiene demasiadas aristas, hay serias objeciones de conciencia, necesidades perentorias, daños irreparables. Abortar es espantoso y nadie puede estar a favor de una agresión tan grave contra el cuerpo de una mujer y un posible proyecto de vida. Por eso hay que evitar el embarazo no deseado. Si se llega a la inevitable opción, me parece justo que cada una pueda hacerlo o no según su conciencia, en las condiciones clínicas menos comprometedoras para su salud física y mental.

Aquella primera vez que aborté fue clínicamente impecable. Sin embargo me causó un dolor que tardé mucho tiempo en superar. Y, lo que es igualmente grave, le causé dolor al que hubiera sido el padre; cuando el hombre de quien creía estar enamorada trató de reiniciar la relación, fui tajante. No podía volver a recomponer





Con Pablo Giusani, su marido. 1951.



Con Pablo, en 1991.

algo que se había quebrado, entonces le conté lo de mi aborto. Estábamos en su auto. Me miró con estupor. Supongo que habrá visto a la casi niña que era y en mi cara debían estar todo el dolor y el desconsuelo provocados por aquella decisión. Me acarició suavemente y dijo: "Si lo hubiera sabido... no sé, te hubiera acompañado... podíamos casarnos...". Con dureza le contesté: "Por eso no te lo dije". Recién entonces reaccionó. Se apoyó contra el volante y creo que se puso a llorar. "No tenías derecho, era también mi hijo." Nunca terminé de resolver si tenía o no derecho. Sé que no volví a quedar embarazada sin querer y que el romance se acabó aquella noche en aquel auto donde un hombre al que había creído amar me hizo pensar entonces con su llanto muy viril que podría haber merecido ser bien amado. Ahora sé que eso del amor no es algo que se merece o no. Es un milagro que a veces ocurre y los méritos sólo ayudan relativamente para que esa maravilla suceda. Aquel gesto penoso sigue planteándome dudas, pero de no haberlo cumplido muchas vidas habrían sido diferentes y algunas personas, muy desdichadas. Los más infelices, probablemente, aquel buen hombre que creí amar y yo misma.

Gracias por el pasado

Apenas pasados los setenta años, mi madre decidió que su tiempo había terminado y se preparó tranquilamente para aceptar el final cuando llegara. Me explicó esto con su precisión habitual: "Extraño demasiadas cosas. Ya no seré más sabia ni más linda ni más fuerte. Casi no me quedan testigos, mis hermanos están todos muertos, a veces me llaman algunas amigas que ahora son unas viejas estrafalarias y decrépitas, con decirte que ya ni saben jugar a la canasta. Una se va quedando sola". Me pareció que exageraba y se lo dije sin retaceos: "Te rodean cuatro hijos, varios yernos, una casi nuera, once nietos, es mucha gente para sentirte sola". Me miró como si ya estuviese lejos: "No podés entender, ustedes no son testigos". Supongo que aludía a no tener que explicarle a un interlocutor desinteresado quién era Ronald Colman o cómo era el gusto del naranjín, por ejemplo. Veinticinco años después de su partida, empiezo a comprender el valor de encontrar las miradas de los que saben no sólo de uno, sino también del mundo en el que uno vivió. Dar testimonio es una tarea que ha llegado a interesarme.

Algunos trabajos que todavía me ocupan y otras tareas más o menos contemplativas siguen incitándome, hago lo posible por sobrellevar las cargas más pesadas que casi siempre tienen que ver con ausencias. La vida alrededor chisporrotea y sus luces pueden alumbrarnos. El verano pasado el mismo Manuel me hizo entrever uno de esos reflejos asombrosos. Nos encaminábamos al río por un sendero donde había muchas mariposas y él agarró una, la sostuvo suavemente en sus manos de niño de cuatro años, la miró, la tocó y la dejó partir. "Chau, mariposa", le dijo, y entonces vio sus dedos teñidos por el polvillo multicolor. "Abuela, ¡las mariposas pintan!", y en la luz de marzo brillaron para mi deleite la sorpresa y la alegría de la vida.

Buscar esos destellos, paladearlos, aceptarlos, ayuda. Negarse acerca al desconsuelo. Nuestro amigo Jacobo Timerman estuvo hundido en el dolor durante las últimos años. No hacía nada por evitarlo, a veces daba la impresión de que se complacía en su pena. Cristina Mucci lo invitó a su programa "Los siete locos" para conversar sobre el poeta Rafael Alberti, que había sido su amigo. Recordaron los días pasados en la casa de Jacobo en Punta del Este, las largas noches en que el poeta, de más de noventa años, los deslumbraba recitando versos propios y ajenos hasta el amanecer. La memoria era tierna, serena, compartida. En un momento de la entrevista Timerman recordó un poema de González Tuñón que mencionaba a los amigos. Te acuerdas, Rafael, etc, etc. "Todos han muerto", comentó Timerman. "El último fue Rafael", hizo un breve silencio y agregó: "Por suerte yo me había muerto mucho antes". Mucci quedó desconcertada e intentó lograr explicaciones. Timerman sintetizó lo suyo con una frase lapidaria: "Todo lo que iba a ser ya fue". Creo que siempre algo será, pero él no creía lo mismo. Murió a la semana siguiente.

Comentábamos el episodio con un amigo muy querido que sobrelleva sus propios pesares. Es una persona informada, que vivió la mayor parte del tiempo en el exterior. El comprendía, pero no aceptaba la actitud de Jacobo y recordó el último artículo publicado por Dag Hamarskold, que fue secretario general de las Naciones Unidas. Era una carta a Dios que comenzaba con una frase francamente feliz: "Señor, por el pasado, gracias. A lo que venga, ¡sí!". Adhiero.

El triunfador



Si ustedes creyeron que se la pasa mal al lado de un perdedor, es porque nunca les ha tocado ser partenaire de un ganador. No de un tipo al que le ha ido bien, uno que logró vivir de lo que le gusta, uno que consigue reconocimiento o aquel que llegado el caso sabe mostrar los dientes, bancarse un desafío y salir a pelearla. No, esos son bárbaros. El triunfador nato, el que reluce y no es de oro, el que lleva grabada en los genes la V de la victoria es otra cosa.

Partamos de la base de que el éxito nunca es accidental, y mucho menos en la era de las vacas obsesivamente flacas en las que hemos crecido y perduramos. El éxito es, ante todo, una construcción que se arma ladrillo por ladrillo: el triunfador lo sabe, y lo construye en público y en privado. No tiene amigos por afinidad, sino por conveniencia: quiso la casualidad que en la última fiesta el tipo que mejor le cayó y con el que compartió más charla es el gerente del banco que puede darle crédito, o el empresario con buenos contactos en Tokio que quedó en presentarle a un montón de japoneses la semana que viene. El triunfador no tiene pasiones, salvo la que lo obliga al triunfo. Jamás se prendará de un producto ni de una empresa ni de un negocio ni de un oficio que le parezca fascinante más allá de sus posibilidades de éxito. No ve en las cosas ni en la gente ninguna otra cualidad que la de permitirle adelantar dos casilleros en el camino a la meta.

Puede que esté enamorado de nosotras, pero nunca más que de su celular. A nosotras ya nos tiene, eventualmente, sentadas frente a él en el restaurante, tomando sol a su lado en la playa, escuchándolo en el asiento del acompañante del auto, acostadas en su cama. El celular, que nunca deja de atender, ni siquiera en un momento de frenesí, es en cambio la puerta imaginaria a lo que todavía no tiene: esa reunión con el capo de la multinacional, esa audiencia con secretario privado del ministro, esa acreditación al congreso internacional en el que se sentará de igual a igual con otros verdaderos triunfadores.

El amor, para él, nunca es sólo el amor, sino el contexto. Un contexto favorable para el éxito. El triunfador suele enamorarse, cuando se enamora, más del padre de la novia que de la novia. Apellido, fortuna o relaciones son las cosas que más lo conmueven de ella, o sea lo que le viene dado, lo que ella significa, lo que ella es sin necesidad de haber hecho más nada que haber nacido como hija de su padre.

El triunfador vocacional, el que se inclina más por la chapa que por el bronce, el que cree que la gente con escrúpulos nació para perder, no es un sujeto aconsejable para mujeres sensibles. Si puede hacer felices a las que desde chicas tienen más predisposición por el hombre que sale en la foto del diario o la revista que por ése que tienen al lado, aunque sea el mismo.



TALK SHOW POR MOIRA SOTO

vidas **privadas**

Buitres de Hollywood, reinas del chisme, matonas declaradas: así definían varios profesionales del espectáculo a Louella Parson y Hedda Hopper (foto) –las cotillas más famosas de la historia del cine– en una reciente edición del programa "Misteries & Scandals", de la señal de cable E! Ambas mujeres, actrices frustradas y mediocres periodistas, descubrieron el poder del chisme –es decir ese tipo de noticia, verdadera o falsa, siempre indiscreta y a menudo dañina– y lo ejercieron con autoritarismo, arbitrariedad y espíritu vengativo. Primero llegó Louella en los '20, apañada por el siniestro magnate de la prensa William Randolph Hearst, y en la década siguiente avanzó Hedda, menos vulgar y más aguda que su rival, pero igualmente caprichosa y resentida. Representantes de la pacatería de la mayoría silenciosa, estas comadres extendieron su reinado de terror durante largos años, exaltando o denigrando a las estrellas, retribuyendo así el trato que éstas dispensaban, siempre desde un lugar reaccionario, bajando línea moralista. Destruyeron carreras y matrimonios, favorecieron las producciones cinematográficas más mediocres y conformistas, dictaminaron sobre la calidad de intérpretes y cineastas.

Ciertamente, hoy resultaría inviable un poder semejante practicado a través del chismorreo puro y duro, en parte porque las costumbres se han flexibilizado y las estrellas ya no son lo que eran. Sin embargo, en la tele local, por caso, hay mucho correveidile pasando supuestas intimidades de famosos, sembrando cizaña, buscando roña más o menos estelar (en realidad, las favoritas son las seudo vedettes infladas e inflamadas que pasean sus formas caricaturescas frente a la primera cámara que se le ponga a tiro). El cotilleo de sesgo amarillista experimenta cierto auge en los últimos tiempos, los circuitos de este tipo de información en pos del escándalo se han diversificado en la TV: están los programas "especializados" en rumores y los que incorporan a columnistas chismosos que a veces se convierten en co-conductores; hay indiscreciones de pasillo, vuelven los paparazzi e incluso alguna edición nocturna apela a la memoria para legitimar la invasión a la intimidad y estimular la curiosidad morbosa de los televidentes. En busca del rating perdido, incluso se apela a la delación de los televidentes que han espiado a algún famoso desprevenido, olvidando que las acciones privadas de todos están protegidas por la Constitución.

Complace advertir que, con el tiempo, Hopper y Parsons tuvieron su merecido: hoy sólo se las recuerda como paradigma de la ruindad y del macartismo periodístico, como las arpías que arremetieron contra Orson Welles tratando de que se prohibiera *El ciudadano*, o que se abalanzaron sobre Ingrid Bergman denunciando que estaba embarazada de un hombre que no era su marido legal (Roberto Rossellini). En su momento, no todas las stars se rindieron a esta dictadura: Joseph Colter, al grito de: "Tengo algo para vos", pateó en una fiesta la silla de Louella hasta hacerla tambalear, y al día siguiente recibió cartas de felicitación y flores de sus colegas; más creativa, Joan Bennet le envió a Hedda un zorrino envuelto para regalo con una esquela que decía: "¿No querés ser mi chica? Apesto, pero tú también".